



ARTE
DE PEINARSE
LAS SEÑORAS Á SÍ MISMAS,
Y MANUAL
DEL PELUQUERO,

con varias reglas para la limpieza, hermosura y conservacion del pelo; algunos consejos á los hombres sobre el cuidado que deben tener con él, y consideraciones acerca de las enfermedades del cabello, medios de remediarlas, etc. Contiene ademas algunas observaciones sobre los *postizos.* Con una lámina de trece figuras para su mejor inteligencia.

POR M. VILLARET,

peluquero de SS. MM. los Reyes de Baviera.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO.

MADRID: LIBRERÍA DE PEREZ.

1832.

Esta obrita es propiedad de la casa de Perez.



CON LICENCIA:

MADRID: SETIEMBRE DE 1832.
Imprenta, *calle del Amor de Dios, núm. 14.*

DEDICATORIA

A LAS DAMAS.

Aunque esta obrita contiene reglas generales para los dos sexos indistintamente, me ha parecido mas natural dedicárselo á las Señoras, porque animado hace mucho tiempo del deseo de ser útil á la mas amable mitad de la especie humana, no podia manifestarla mejor mi celo, que ofreciéndola en homenage el resultado de mis observaciones é indagaciones, en una de las cosas mas esenciales á su adorno.

Algunas veces aparentan los hombres cierto descuido filosófico en su

trage y peinado; pero las Señoras, dotadas de un tacto mas fino, y de una delicadeza mas esquisita, conocen mejor que ellos, que si la elegancia esterior no puede suplir á las cualidades del alma, por lo menos las representa, y hace concebir una idea favorable de ellas. Por lo comun las gracias físicas anuncian una buena organizacion moral, del mismo modo que lo esterior de un edificio hace presumir las proporçiones interiores que puede tener. Ademas de esto, las Señoras dan mas importancia á cuanto tiene por objeto conservar y aumentar sus gracias, ó repararlas cuanto las sea posible, si por cualquiera accidente empiezan á decaer.

Esto es, Señoras, lo que me ha determinado á ofrecer á V V. este en-

sayo: á V V., cuya razon, hermanada siempre con el gusto mas delicado, dá mas importancia que los hombres, al arte de conservar la hermosura, y todo lo que tiene alguna relacion con ella. El pelo es uno de sus mas brillantes adornos. ¡Ojalá que mi obrita las sea á V V. tan útil como yo deseo! y si logro que la acojan con su natural indulgencia, nada me quedará que apetecer.

ADVERTENCIA.

Para comprender mejor, y enterarse á fondo de las lecciones siguientes, debe consultarse la lámina puesta al fin de la obra, examinando la figura que se señale en ellas.

ARTE
DE PEINARSE
Á SÍ MISMO.

LECCION PRIMERA.

Modo de hacer uso del peine. (Figura 1.ª)

Debe desterrarse el uso de los peines de puas demasiado agudas: los preferibles son los de concha, ó los de la hermosa asta de Irlanda. Los de lomo redondo son mejores que los otros, porque teniendo sus puas mas largas penetran mas bien el pelo. Si son demasiado agudas es preciso desgastarlas, ó lo que es lo mismo, embo-

tar sus puntas ; lo que se consigue pasándolas un papel con muchos dobleces como si se tratase de aserrarlas.

Para peinarse con facilidad, lo primero que se debe saber es tomar el peine segun los diferentes usos á que se destina. Si se va á peinar el pelo por encima, es preciso tomar el peine con la mano derecha, de modo que el lomo caiga hácia la palma, y las puas abajo, ó hácia las puntas de los dedos, sin aspereza ni fuerza, y sí con delicadeza: se colocarán los cuatro dedos á uno de sus lados, y al opuesto el pulgar. Para levantar el pelo, ó peinarlo por debajo, la posicion del peine será inversa, y por consiguiente se apoyarán sobre el lomo los cuatro dedos. Para desenredar el pelo con mas facilidad, el peine deberá ir un poco inclinado, ó tendido, con el lomo hácia abajo; porque asi entra con mas facilidad, no se tira, ni se arranca el cabello.

Si el pelo está húmedo por el sudor, ó cualquier otra causa, y forma peloton ó

nudo difícil de desenredar, lo mejor es echarse polvos; pero solo los precisos para absorver la humedad, y de modo que no penetren á la raiz, pues formaría una pasta que podria muy bien irritar los bulbos.

Desenredado el pelo por encima, se pasa á desenredarlo por debajo; y para ello, como ya se ha dicho, se inclina ó tiende el lomo del peine á la parte opuesta. De las puas cortas no se debe hacer uso en el pelo de atrás sino para sentarlo.

LECCION II.

Peinarse. (Figura 2.ª)

Cuántas personas hay que se quejan de la pérdida de su pelo, sin hacerse cargo de que á sí mismos deben echarse la culpa de un disgusto, que hubieran evitado con un poco mas de cuidado y precaucion. Generalmente hablando, la caida del pelo procede de negligencia, ó de un imperdo-

nable abandono. No se hace nada para conservarlo: por el contrario, se quiebra, se arranca, se deja ahorquillar, ¿y se admira uno de que se le caiga, cuando debería admirarse mas de que no se le hubiese caido antes?

Para peinarse es preciso cuidar sobre todo de no ofender el pelo: cualquier esmero es poco para desenredar el pelo largo, que se hará lo mas despacio que se pueda; y á la menor resistencia que se note, ya porque haya algunos pelos entrelazados, ya por las masas ó nudos difíciles de quitar, se debe levantar y retirar el peine; y tendido, pasarlo muchas veces seguidas por el mismo sitio hasta que desaparezca enteramente el obstáculo, que se verificará solo con la paciencia.

Para peinarse el pelo, que se destina al papillote, se cogerá con la mano izquierda, sujetándolo entre el dedo de corazon y el anular, para impedir con su ligera presion que la accion del peine refluya en la raiz.

Aunque es mucho mas fácil desenredar

el pelo de adelante que el de atrás, y que se arriesga menos si se arranca, será bueno tener siempre firme la mano izquierda por encima de la porcion que va á peinarse, y de este modo no se ofende la raiz; pues aunque se rompa algun pelo se evitará que se arranque.

LECCION III.

Modo de ponerse los papillotes. (Fig. 3.ª)

Bien peinado el pelo se cepillará su raiz, tomándolo por la mecha para quitar mejor la película ó caspa, que hay sobre la piel por la introduccion del polvo, con especialidad en la de las personas que constantemente están peinadas con la cabeza descubierta; peinado, sin duda, el mas hermoso y el que mejor cae á una señora.

La que quiera ponerse papeles ó papillotes, debe primero separar el pelo en mechas ó porciones mas ó menos grandes, segun el pelo que ha de poner en papillo-

tes; porque mientras mas dividido esté el pelo, esto es, mientras menos haya en cada papillote mejor tomará el rizo.

Para el peinado ligero se recoge el pelo en el papillote formando un anillo redondo, del tamaño, por lo menos, de un real de plata, cuidando de sujetar las puntas del pelo para que el rizo no salga ovalado en vez de redondo, porque produciría un efecto desagradable á la vista.

Para el peinado espeso y hueco, que ya no es elegante, los papillotes serán pequeños, y muy apretados para que se rice bien el pelo.

Cuando se envuelva en el papel se cuidará de no apretar mucho el pelo, porque si al doblarlo se le comprimiese demasiado, saldria triangular en vez de redondo.

LECCION IV.

Pasar el hierro ó tenacilla. (Fig. 4.ª)

Para esto se necesita un buen hierro: llamo buen hierro al que no tiene asperezas, ni pajas ó pelos, que se agarren al papillote cuando se le aplica. Por lo comun al retirar el hierro se va detrás de él el papillote; de lo que resulta, que mientras se pone otro, se enfria el hierro, ó se caldea demasiado si se vuelve á poner al fuego. Es esencial que los hierros para papillotes estén perfectamente pulimentados, que tengan los mangos largos para no quemarse la mano, y la punta que sirve para apretar, y dar fuego, bastante gorda para que conserve mas tiempo el calor. Con un hierro así, se pasará fácilmente el papillote de una sola vez, sin necesidad de volver á calentarlo. Los mangos ó brazos del hierro deben estar forrados de guita ó cuero, para no sentir su demasiado caldeo

al pasarlo por el papillote: sin esta precaucion habrá una esposicion constante á quemarse los dedos ó la frente; ó uno y otro queriendo evitar cualquiera de las dos quemaduras.

Antes de aplicar el hierro al pelo se probará en un papel blanco; si se tuesta se aguardará á que el hierro quede en el grado de calor conveniente; porque si se usase demasiado caliente, quedaría el rizo pegado al papillote cuando se fuese á quitar. No conviene ponerse papillotes estando el pelo húmedo del sudor ú otra causa, porque llegando á tomar calor, la humedad quema el pelo, ó por lo menos le enrojece, y le dá un brillo desagradable.

Se cuidará de no coger con el hierro el pelo que no esté envuelto en el papel, porque de lo contrario se quemaria. Al quitar el papel se ve algunas veces las puntas de algunas mechas mas cortas que las otras, lo que es un efecto de haber aplicado el hierro fuera de tiempo. Para preservar la frente será bueno poner un pei-

ne debajo del papillote á que se va á dar fuego, evitando apoyar demasiado el hierro en el peine para no quemarlo.

En el peinado ligero debe el hierro estar poco tiempo en el papillote: se le dejará mas cuando el peinado sea fuerte, y sobre todo, cuando se quiera que el pelo conserve el rizo mucho tiempo. Hay pelo que se riza con tanta facilidad como con dificultad otro: para aquel basta casi introducirlo en el hierro, al paso que éste necesita ser pasado con mas calor, y permanecer algunos segundos en las tenacillas.

Para quitar el papel del papillote debe desenvolverse, y no tirar de él como se hace generalmente. Quitado el papel se peina junto todo el pelo.

LECCION V.

Recoger el pelo. (Figura 5.ª)

Antes de recoger el pelo se le sienta ó alisa muy bien con el cepillo, y luego con

el peine. Si en la nuca hubiese pelo corto, que no se pueda recoger con el retorcido, se hará con ellos una trencita y se unirá á lo demas. Así se conseguirá que no se vean estos pelos escarriados, que parece que nacen del cuello, y quitan la gracia al mejor peinado.

Para recoger el pelo se le agarra con los cuatro dedos y el pulgar de la mano izquierda, con la palma por encima; se le levanta en el aire, se le vuelve á coger con los cuatro dedos y el pulgar de la mano derecha, y por encima la mano izquierda; se le retuerce del lado del dedo pequeño de la mano derecha, que se le dejará correr subiendo hácia lo alto de la cabeza, al paso que se retira la mano izquierda, que se emplea en recoger y unir al retorcido cualquier pelo corto que se haya separado.

LECCION VI.

Formar el casco. (Figura 6.ª)

El pelo debe retorcerse por grados con la mano derecha como se ha dicho antes, porque de retorcerlo de pronto, resulta que se forma una especie de nudo sin gracia, que impide acabarlo de retorcer como corresponde, y es un obstáculo para la buena colocacion de las lazadas y alfileres. Retorciendo con precaucion, y subiendo la mano con el pelo á lo alto de la cabeza, se forma fácilmente el casco, y con mas prontitud que de cualquier otro modo. Debe apretarse bien el pelo al colocar la peineta, pues luego se afloja él demasiado. La mejor peineta es la de plata dorada, porque se afloja menos que las de otras clases; sin embargo de que las de concha merecen tambien aprecio. La persona que tiene mucho pelo debe elegir las de puas abiertas y largas; y la que tiene poco, de pua cerrada aunque larga.

El peinado ha de corresponder siempre al aire de la cara. A facciones finas, y á cara ovalada, le dice bien un peinado alto y poco ancho. La clase de peinado debe guardar tambien proporcion con la estatura. La muger alta y de cara larga debe evitar, al peinarse, el aumentar su talla; la baja y de cara redonda, debe hacerse el peinado un poco alto y de lado; lo primero, para aparentar mas estatura; lo segundo, para darse mas gracia.

LECCION VII.

Dividir el pelo. (Figura 7.ª)

Se separará el pelo en mas ó menos ramales segun el número de lazadas que se quieran hacer con él: pero al dividirlo con las puas grandes del peine se cuidará de no dejar ningun pelo separado.

Para el peinado de dos lazadas, llamado generalmente *nudo de Apolo*, se ha de dividir el pelo en dos ramales iguales.

á menos que no sea tan largo que se puedan formar las dos lazadas sin dividirlo. En este caso se tomará el pelo con el pulgar y dedo primero de la mano derecha, con las uñas hácia abajo, y se pasará por encima de toda la palma de esta mano el pelo que se tenga en la izquierda; en seguida se vuelve al revés la mano derecha, siempre con las uñas abajo, de modo que se encuentre, digámoslo así, encerrada debajo del pelo; lo que formará la primera lazada de la derecha. Hecha esta, se vuelve á tomar con la mano izquierda el resto del pelo, y dejando la derecha donde está, se formará al lado izquierdo la segunda lazada, bajo la cual se asegurará la punta del pelo para que no se vea. Despues se sostendrá el retorcido con el pulgar y los dos primeros dedos de la mano izquierda, y se quitará la mano derecha para tomar la peineta, y sujètar con ella el peinado, que se concluirá levantando el pelo para ahuecar las lazadas, y darlas mas gracia.

Para asegurar la lazada con un alfiler ha de empezarse pasando éste por el pelo pegado al casco de la cabeza; de él pasa el alfiler á coger la lazada por debajo, y vuelve al pelo pegado al casco, donde queda preso. Para esto se usa de alfileres sencillos, ó de horquillas: si se usa de estas, se entrelazan en el pelo las dos puntas á un mismo tiempo por debajo de la lazada, ó bien se pasa una sola, y se esconde la otra en el pelo.

Las horquillas no se emplean en el pelo de delante hasta que estén hechos los rizos; entonces se abre el alfiler, y se pone, digámoslo así, á caballo sobre la raiz y punta de cada mecha, de modo que las sujete y tenga unidas: con un alfiler se pueden coger dos mechas inmediatas, cuidando de no poner muchos, particularmente en la cabeza de las personas propensas á jaqueca, porque esto solo podria acarreársela.

LECCION VIII.

Batir el pelo. (Figura 8.ª)

Sin batir el pelo no se puede hacer un peinado complicado y elegante. Es inportante por lo mismo imponerse en el secreto de esta operacion, que por lo demas es bastante sencilla. Aun cuando no haya mucho pelo es fácil hacerse un peinado muy hermoso, y para ello no hay mas que batir el pelo, ó recurrir á los *postizos.* Hay personas á quienes es repugnante su uso, y solo se deciden á ponérselos en el último estremo, bien por el disgusto que les causa su uso, bien porque se persuaden, como pretenden algunos, que el pelo muerto absorve la substancia del pelo vivo, y lo deteriora. Permítaseme decir de paso, que semejante aversion por los rodetes postizos, y rizos artificiales, carece absolutamente de fundamento. Cuando semejantes obras están bien acabadas, se

pueden usar sin recelo alguno, y la esperiencia ha demostrado que no hay ningun inconveniente en ello. Pero volvamos al batido del pelo, cuya utilidad es tan grande para el objeto de que se trata.

Para batir el pelo largo es necesario que dividido en ramales, como ya se ha dicho en la leccion anterior, se tome con el primero y segundo dedo de la mano derecha, juntos, el ramal por el que se ha de empezar á formar el peinado, de modo que no pueda escaparse de ellos; y como está aplastado con la opresion de los dedos, no hay que temer que forme cuerda, como sucedería si se cogiese con el pulgar y el primer dedo de la mano izquierda. En esta disposicion, con las puas grandes del peine, que se tendrá derecho, se irá subiendo á golpecitos á fin de dirigir y levantar hácia su raiz el pelo mas corto. El batido se formará con uniformidad, sin que se haga ningun acolchado; igual por todas partes, y seguido y liso.

La persona que tenga mucho pelo lo

batirá poco, pero la que no tenga tanto, ha de batirlo mas para que al parecer se aumente su volúmen.

Batido ya, se sienta el pelo por su superficie, teniendo el peine tendido, é introduciendo las puas lo menos posible; pues de lo contrario se quitaría el batido al ramal, y por precision habría que batirlo de nuevo sopena de que la lazada saliese mal hecha, y sin consistencia alguna.

LECCION IX.

Formar las lazadas. (Figura 9.ª)

Hay muchos modos de formar y colocar las lazadas, siendo el gusto el que decide; pero el gusto no se perfecciona sin la práctica. Sin embargo, hay principios con los cuales es menester conformarse. ¡Cuántas personas se creen profesoras en el arte de peinar solo porque saben atusarse el pelo! No dudo que las tales, bien ó mal, podrán formar una ó dos lazadas;

pero cuando semejante peinado se presenta á la vista de quien lo entiende, ó tiene gusto, no se deja de decir, que la que lo lleva va mal peinada. Todo peluquero inteligente sigue los principios de su arte. Conozco que aunque con mucho trabajo puede una persona arreglar su pelo de cierto modo; ¿pero cómo sin principios ha de llegar á peinarse cual conviene estar en un espectáculo, en un baile, en una tertulia etc., si los aprendices peluqueros, que diariamente ven trabajar á su maestro, no están capaces de suplirle en su oficio, sino les enseña antes su metodo? ¿Como lisongearse de peinarse tan bien como lo puede hacer un peluquero, cuando ni siquiera se ha visto peinar? Sin embargo de eso es tal la ilusion, y el amor propio de algunas personas, que porque *tienen idea* (esta es su espresion), ó porque han tomado algunas lecciones en globo, ya se creen unas artistas consumadas en el oficio, pero se las pone á la prueba, y se ve su ignorancia. Las señoritas que tienen la

costumbre de peinarse á sí mismas, luego que hayan leido esta obra, conocerán las inmensas ventajas que se pueden sacar del conocimiento de estos principios verdaderos del arte. No me cansaré de recomendarlas que los observen exactamente, asegurándolas, sin titubear, que mientras mas se familiaricen con ellos, tanto mas será la habilidad que adquieran.

Para un peinado de cuatro lazadas, si el pelo es bastante largo, se divide en dos ramales, y con el principio de lo largo de ellos se forma el primer lazo, ó lazada; con lo demas del pelo, la segunda; cuidando de ahuecarlo bien por medio del batido: lo mismo se hace con el otro ramal en el lado opuesto. En la colocacion de las lazadas no se ha de guardar simetría: si la de la derecha está detrás del peine, la de la izquierda debe ponerse delante; y de las dos del medio, debe la una estar delante de la otra. Las puntas del pelo se esconderán con cuidado entre las lazadas, y así se aumentará mas el volú-

men de estas, y las servirán de apoyo.

Repetiré que es esencial que esté bien hecho el retorcido, respecto á que es el principal adorno, y en realidad la verdadera base de todo peinado. Las lazadas han de estar muy batidas, firmes y redondas, cuya forma se las dará con el auxilio del primero y segundo dedo de la mano derecha. Como es indispensable que ellas guarden cierta relacion con la parte anterior del peinado, ó lo que es lo mismo, con los rizos y la cara, se las debe inclinar hácia adelante.

En el peinado de cuatro lazadas, de que se trata en esta leccion, si el pelo es corto se harán de él cuatro ramales ó porciones; una de ellas se tomará con la mano izquierda para hacer la lazada de la derecha, en cuyo interior se pondrá la mano derecha para arreglarla, se arrima á la cabeza la estremidad del pelo, que no se suelta de la mano izquierda en toda esta operacion, y se sujeta la lazada con el alfiler. En el caso de que el pelo sea tan lar-

go que con un mismo ramal re puedan formar dos lazadas, no se tomará mas que uno como ya se ha dicho.

LECCION X.

Colocar el alfiler. (Figura 10.)

Generalmente en Francia solo se usa el alfiler comun ó de solo un brazo: en Alemania, Inglaterra y España se hace uso de los de dos brazos (horquillas). Nada se ha descubierto mas á propósito para conservar los rizos bajo la forma que se les ha dado. Sea cualquiera el tiempo que haga, ni el aire, ni la humedad, ni aun los movimientos fuertes ó violentos les hace perder su figura. El alfiler, ú horquilla, ha de estar trabajado con perfeccion, tener las puntas muy agudas, no presentar aspereza ni pelo alguno en su superficie; ni formar gancho en su punta. De todos los defectos, este es el peor que puede tener, porque arranca el pelo, entra

con dificultad, y no puede quitarse sin descomponer el rizo.

LECCION XI.

Colocacion de las flores. (Figura 11.)

Las flores no se ponen hasta que esté hecho el peinado, y colocadas las lazadas. Tantos son los modos de ponerlas, cuanto variados son los gustos. Unas personas las agolpan, y forman con ellas ramitos: otras las fijan esparcidas por el pelo como si la casualidad las hubiese arrojado: y por último, cada una idéa una colocacion mas ó menos complicada. Juzgo, como muchos de mis compañeros, que el adorno de las flores sueltas es preferible á cualquier otro, porque se las puede aplicar al peinado del modo que se quiera. Ademas de adornar, dan gracia á la fisonomia siempre que se hermanen bien con las trenzas, y que sus colores no choquen con los del rostro, ni del pelo. Las flores co-

locadas en media guirnalda producen una visualidad muy agradable.

La persona alta y delgada que se peine con flores, debe reservar siempre las mas bonitas para las sienes, que cuidará de cargar mas que el resto de la cabeza. Las flores sobre la cabeza y sobre los rizos, dicen muy bien á las de cara redonda. Si el color de la señora, que se pone flores, es muy encendido, debe colocar inmediatas á su cara las mas subidas para moderar ó apagar la viveza de su color; y por el contrario, la de color bajo ó pálido, debe recurrir á las flores de medios colores ó bajos: la rosa seca la sentará muy bien. Las blancas solo caen bien á las personas rubias.

La colocacion de los *marabús* está sujeta á su delicadeza. Cuando son muy hermosos se les pone á la vista, ó lo que es lo mismo, se colocan lo mas adelante que sea posible para que se descubran bien. Nada exige mas cuidado que su colocacion; pues estando mal puestos, producen siem-

pre un malísimo golpe de vista. Ha de cogérseles con mucha precaucion, y cuidar de no desfigurarlo ó romperlo con los alfileres. Colocados ya, deben quedar al aire, y no estar sujetos sino por el cañoncito de su pluma. El peinado muy cargado de morabús no tiene gracia.

Para ponerse *el velo de casada,* se toma por la punta mas adornada, se la pliega y se forma con ella un lazo que se fija en medio de la cabeza entre las lazadas de pelo, con un alfiler que ha de pasar solo por encima del velo para que no se rompa: despues se echa el velo hácia atrás sobre un lado. En este peinado se pueden hacer todas las lazadas de pelo que se quiera, con tal de que no quede muy cargada la cabeza.

Lo mismo se pueden emplear las cintas en el adorno del peinado. Sin cortarla se forma con ella entre los dedos el primer bucle, que se colocará entre las lazadas, asegurándolo con un alfiler, que sujetará todos los pliegues de ella: despues

se hará con la cinta, siempre entera, el segundo bucle, que se asegurará como el primero; y por último, el tercero, el cuarto, etc., segun lo aconseje el gusto.

Para un peinado alto será preciso al formar las lazadas, pasar muchas veces alrededor del pelo una trencita; por cuyo medio se dará al peinado toda la elevacion que se quiera, con el auxilio de los alfileres propios para ello; pero este peinado no se usa ya, y ahora es el mas de moda el llamado á la *griega.*

LECCION XII.

Hacer turbantes. (Figura 12.)

Son varios los modos de formar los turbantes, y los hay de muchas clases. Tal adorno lo debe hacer un peluquero diestro, ó una modista, que sepa coger el aire de la cara de la persona para quien se haga.

Los turbantes de diferentes pedazos de

tela, y de distintos colores, son muy elegantes, pero es preciso que el casamiento de los colores esté hecho con gusto: el turbante en que las contraposiciones no sean muy notables, y muy marcado el contraste de los colores, ni resaltará ni tendrá gracia: creo que los turbantes mas vistosos son los que se hacen con la *echarpa* (*chalecito estrecho*) de muchos colores; sin embargo de que algunas veces se hacen con la de un solo color, sin que por eso les falte gracia.

Los turbantes pueden decir bien á todas las fisonomías, porque esto depende de su disposicion, de su color dominante, y de la forma ó figura que se le dá. El turbante que deja descubierto el rostro, solo sienta bien á las mugeres de cara redonda, ó facciones abultadas. A pesar de esto suele tambien favorecer á las de rostro ovalado, porque se concilia bien con los rasgos de su fisonomía, y el color de su cutis. En este caso los colores preferibles son: el encarnado en todos sus matices ó gra-

dos; el rosa, y el blanco. El amarillo conviene á todas las mugeres indistintamente, pero mejor á las morenas, á quienes el azul, el negro, y todo color obscuro subido dá realce, y aclara el color: el verde bajo, el azul claro, y el lila, queda reservado para las rubias. Se puede hacer turbantes con toda clase de telas, seda, cachemir, merino, muselinas, gasas, chales, etc.

La señora que se proponga hacer un turbante con la echarpa, tomará una cinta como de vara y media, con la que se dará una vuelta á la cabeza por encima, y muy inmediata á las orejas para atarla sobre la derecha, dejando caer la sobrante en este lado: se toma despues la echarpa, se pliega con los dedos una de sus puntas, de modo que forme un plegado de cuatro á cinco pulgadas, que se separará de lo demas de la echarpa anudándolo con seda del mismo color. Despues con un alfiler se asegurará á la cinta la punta plegada, de modo que caiga sobre la sien izquierda, y se pasará toda la echarpa por encima de

la cabeza formando algunos pliegues con gracia. Puesta así la echarpa, se la desplegará para que cubra toda la parte superior de la cabeza; despues se une torciéndola hac la nuca, y asegurándola en este punto con la cinta por medio de dos nudos para mayor seguridad. Esta cinta debe ya entonces cogerla, por delante de la que se peina, alguna persona, para que esté tirante y horizontal; se pliega la echarpa á los dedos como si se quisiese empezar una aspiral alrededor de la cinta, se la pasa por encima, y teniéndola reunida por debajo, se forma el primer lazo: se repetirá seis ó siete veces la misma operacion, segun lo mas ó menos largo de la echarpa, y lo mas ó menos grueso de la cabeza. Estos lazos, cerca los unos de los otros, presentarán el aspecto de una guirnalda, que se rodeará á la frente, colocándola en diadema sobre los rizos. Concluida esta guirnalda por el lado izquierdo con la cinta que la sostiene, con lo que queda de ésta y de la echarpa, se concluye el

turbante haciendo algunos lazos por detrás. Para una cinta *á la judía* se pasará la punta de la echarpa por debajo de la barba á fin de atarla, ó sujetarla al lado opuesto. Se cuidará para mayor elegancia de que las lazadas sean desiguales, cada vez mas pequeñas, y con direccion de izquierda á derecha (V. *la fig.* 13.)

Las plumas, los *marabús*, los *esprits*, los *pájaros del paraiso, las medias lunas,* las perlas, los diamantes y toda clase de pedrería, se pueden emplear en el adorno de los turbantes.

La media luna se coloca por encima de la frente muy echada adelante, y tambien sobre el turbante. Las perlas se ponen á hilos, que se hacen serpentear describiendo sinuosidades agradables. Por lo comun solo se ponen por delante.

MANUAL DEL PELUQUERO. (*)

Advertencia.

Es mas difícil peinarse á sí mismo que peinar á otro; por lo que en la primera parte de esta obra me he detenido en varios pormenores, que sería escusado repetir: sin embargo no será supérfluo recordarlos en la práctica de las lecciones siguientes, donde se manifestarán los principios del arte.

Operaciones en el peinado.

Las operaciones necesarias para un peinado completo se pueden reducir á doce: 1.ª desenredar el pelo: 2.ª formar la raya: 3.ª cortar el pelo: 4.ª separar las mechas ó porciones, y sentarlas ó alisarlas para poner los papillotes: 5.ª poner estos,

(*) Los tratados siguientes no deben las señoras considerarlos como independientes del arte de peinarse á sí mismas, pues en todos encontrarán reglas y principios adaptables á uno y otro sexo.

y pasarles el fuego: 6.ª recoger el pelo: 7.ª formar el casco, y colocar la peineta: 8.ª dividir el pelo largo en trenzas: 9.ª batirlo: 10 sentarlo ó alisarlo bien por encima: 11 formar las lazadas: 12 colocarlas, y sujetarlas con alfileres.

Observaciones.

El peluquero se ha de presentar siempre con decencia, y no ostentar en su trage la afectacion rigorosa de la última moda; sus dedos no han de estar cargados de sortijas, pero ha de tener un particular cuidado de sus manos, y conservarlas constantemente en estado del mayor aseo.

No usará de perfumes, ni olores: se abstendrá de fumar, tomar tabaco, y de todo cuanto pueda hacerlo desagradable. La mano que huele á pomada, por lo comun causa disgusto porque se crée que acaba de peinar á otra persona. Una de las principales cualidades del peluquero es, sin disputa, la discrecion; debe oirlo to-

do y verlo todo, pero olvidar lo que ha visto y oido. El mejor consejo que se le puede dar es que hable poco. Peluquero novelero ó charlatan, no es peluquero de gran tono; inspira desconfianza, é importuna. Nada mas peligroso que familiarizarse ó tomarse libertades, faltando á la formalidad de su estado. Sujeto siempre á una reserva decente, no se le escapará proposicion alguna capaz de ofender la delicadeza del oido que la escuche. El peluquero que sabe apreciarse, no consentirá en ningun caso encargarse de cosas que puedan perjudicar su conciencia, y buena opinion, y siempre atenderá á su decoro, y al de las personas que se valen de el. Al peluquero no se le exige que hable de ciencias, de literatura, de música, de bellas artes, ect.; pero sí que pueda contestar con conocimiento á todas las preguntas que se le hagan con respecto á modas, y á cuanto concierne á la conservacion del pelo, y cuidado de la cabeza; pues nada de esto debe ignorar.

Si puede adquirir algunos principios de dibujos, sacará de ellos muchas ventajas.

LECCION PRIMERA.

Desenredar el pelo.

La persona que va á peinarse se sentará enfrente del tocador en una silla de respaldo de la altura ordinaria con la cara á la luz. La que peina se colocará detrás á cierta distancia, de modo que pueda obrar con libertad, y sin incomodar en lo mas mínimo á la persona que va á peinar. Todos los efectos que pueda necesitar los tendrá á la mano.

Agarrará el pelo con los cuatro dedos y pulgar de la mano derecha, pasará la izquierda por debajo de él, y le cogerá con toda esta mano por cerca de la nuca sin apretarlo: se le pasa alternativamente el peine por encima y por debajo, cuidando de que sus puas lleven la direccion correspondiente: despues para desenredar las puntas ó estremidades del pelo, se necesita

tenerlo firme con los cuatro dedos y pulgar de la mano izquierda para que no se sientan los movimientos del peine. Este debe por lo comun ir siempre tendido, y recorrer todos los puntos de la cabeza desde la raiz hasta la punta del pelo, que se reunirá en la mano izquierda.

La persona que peina procurará adquirir flexibilidad y ligereza en la mano, y mucha espedicion para no impacientar á la persona que va á peinar. Las señoras se fatigan de la pesadez, y es preferible dejar imperfecto su peinado en algunos puntos no esenciales, que escitar su enojo ó disgustarlas.

El peinado ha de adaptarse en lo posible á la fisonomía y rasgos de la cara: pero consultando con preferencia el gusto de la persona á quien se peina para satisfacerlo; lo que no se consigue sino conformándose con su voluntad. La primera condicion del peinado no es que sea elegante y hermoso, sino tal cual lo quiere la persona que lo ha de llevar.

LECCION II.

Poner los papillotes y pasarles el hierro.

Para poner los papillotes se tendrá á la mano el papel destinado á envolverlos, que será suave, sin ser demasiado delgado: el de estraza es para esto mejor que otro: se le corta de antemano en pedazos triangulares; cada triángulo tiene un gran lado, cuya longitud es de cerca de tres pulgadas y media; los otros dos lados son iguales, y de cerca de tres pulgadas de longitud. Hay personas que cortan cuadrado el papel; pero esta figura no es la que conviene.

Hasta que el pelo esté bien desenredado no se pone el papillote; si se crée necesario, se le pasará un poco el cepillo para sentarlo mejor y quitarle todas las partículas que ofenden la viveza de su brilo; y despues se forma la raya, sirviéndose para separar el pelo de la primera

pua del peine por el lado en que están mas anchas.

La raya se hace tomando el pelo por su punta, esto es, de abajo arriba, y así saldrá limpia y regular. Cuando esté bien señalada, se dividirá el pelo por delante en tantas mechas ó porciones como papillotes se quieran poner despues de estar perfectamente desenredadas. Para esto se coge cada mecha entre los dos primeros, y tercer dedo de la mano derecha, teniendo aquellos tendidos y pegados uno á otro: se quita el rizo sujetando cuanto sea posible el pelo para que el tiro no sea sensible á su raiz. Cada mecha de por sí ha de desenredarse de la misma manera sobre el plano de los dedos. Hecho esto se deja el peine para sentar las mechas, principiando por las de la derecha de la persona que se peina. Esta operacion se ejecuta con el pulgar y los tres primeros dedos de la mano derecha, que se correrán hasta las puntas de las mechas; se vuelven á coger hácia la raiz con el pulgar y primer dedo

de la mano izquierda, que se dejan igualmente correr con la misma direccion para reunir cualquier pelo que se pueda haber escapado de la mano derecha. En cuanto sea posible las puntas de este pelo se han de poner en figura de gancho. Para ensortijar el rizo se coge con el pulgar, y primer dedo de la mano derecha, la punta de la mecha, que se tomará en seguida con los mismos dedos de la mano izquierda; y por último, con el pulgar y primero de la derecha, redondeando el pelo á cada movimiento de modo que se forme una curva ó roleo, cuyos anillos, puestos unos sobre otros, dejen por dentro un espacio vacío.

Ensortijado ú enroscado el pelo, que para que no se afloje se tiene con el pulgar y primer dedo de la mano izquierda, se coge el papel con los mismos dedos de la derecha, y se pasa por debajo de la mecha, que se colocará de plano en él, cuidando de que no se desbaraten los anillos.

Para envolver el anillo ó rizo se observará lo siguiente: se empezará por el ángulo ó punta de la izquierda, que se doblará con esta mano poniendo su pulgar sobre el doblez; en seguida se pasará la mecha y el papel entre el pulgar y primer dedo de la mano derecha, y se doblará el lado derecho poniendo su pulgar tambien sobre el doblez; se seguirá doblando el papel por mas abajo por el lado izquierdo, sin apretar el papillote, dándole constantemente una forma redonda, y formando siempre por encima los dobleces. Doblado por todas partes, se cerrará retorciéndolo hácia dentro, esto es, hácia la nariz, que es como todos deben cerrarse.

Al pasarlos por el fuego se tendrá cuidado de echar los de los lados adelante, y lo mas horizontalmente que se pueda, para que no caigan en las mejillas.

El método indicado es solo aplicable al lado derecho; pues para poner los papillotes en el izquierdo hay que hacer en

órden inverso todo lo que se ha dicho para el otro. Acabado de poner los papillotes se les pasará el hierro, estando seguro, como se ha advertido en la primera parte de esta obrita, que está en el punto conveniente de calor.

LECCION III.

Recoger el pelo y formar el casco.

Despues de puestos los papillotes se volverá á tomar el pelo largo, por debajo, con los cuatro dedos y el pulgar de la mano izquierda, mientras que los mismos dedos de la mano derecha estarán apoyados en la cabeza en el punto donde se ha de formar el casco: se levantará el pelo con la mano izquierda, que aun lo tendrá sujeto, se le retorcerá interiormente al lado del pulgar de la misma mano, se pasará de la izquierda á la derecha, empleando al cogerlo solo los cuatro dedos, y quedando el pulgar donde se halla hasta que se

empieze á formar el retorcido: entoncès se retira solo el pulgar para coger mejor el pelo, y se pone en su lugar el dedo de corazon de la mano izquierda, que ayudará á perfeccionar el casco, mientras que se tuerce el pelo siempre con la mano derecha. Es preciso que el casco se forme todo lo mas largo que se pueda, porque es mas elegante su forma, y coge mejor todo el pelo corto que cae sobre el cuello. Cuando esté hecho el retorcido, se colocará la peineta para sujetarlo, teniendo cuidado de introducir bien sus puas en el pelo.

LECCION IV.

Dividir y batir el pelo.

Cuando se quiera dividir el pelo se le agarrará con la mano izquierda, y se le separará con la primera pua del peine, sujetándole ligeramente entre el primero y segundo dedo de la mano izquierda, pa-

ra evitar que se formen torcidas: en esta disposicion se batirá el pelo subiéndolo hácia su raiz con las puas grandes del peine, para que se encrespe el pelo corto, que es lo que forma el batido. Para esto, ni ha de darse al peine mucha fuerza, ni dejar que se introduzca mucho en el pelo, porque entonces formaría nudos, y esto sería un mal.

Batida una porcion ó ramal, se sentará todo lo posible su cara, ó parte que queda á la vista; pues de lo contrario, viéndose el batido en la lazada, pareceria que el pelo estaba sucio.

No es tan necesario este cuidado cuando se bate el pelo de delante, porque entonces lo que mas importa es aumentar su grueso, y por consiguiente hacer que quede hueco el pelo: sin embargo de esto es de absoluta necesidad sentar su superficie, sin quitarle el batido, para que el peinado aparezca aseado. Esto se consigue tendiendo el peine, y no introduciendo jamás sus puas en el pelo.

Para un peinado ligero se batirá mas el pelo próximo á la raiz: para un peinado espeso y fuerte se batirá mas el del medio y sus puntas.

LECCION V.

Formar el peinado, colocar las lazadas y los alfileres.

No está el peinado completo hasta que estén hechas y colocadas las lazadas de que ha de componerse. Luego que cada uno de los ramales que han de formarla esté batido y alisado, será preciso, empezando por el ramal de la derecha, colocar de plano el pelo en la mano izquierda, pasando la derecha á la superficie para sentar cualquier pelo que haya podido separarse, y aun para hacer mas perfecto el alisado; esto se ejecuta colocado de lado delante de la persona que se peina, cuidando de no tropezarla con los pies ni rodillas. La posicion de lado es la mas

ventajosa por la facilidad de atender atrás cuando haya necesidad de ello.

Acabado de alisar el ramal, se pasará atrás y se echará hácia la mano izquierda, se pondrá de plano, y volverá á alisar con las puas chicas de peine, cuidando de tenderlo bien: en seguida para colocar el ramal, darle gracia y redondez, se introducirá lo mano izquierda por dentro; despues volviendo á doblar las puntas para ocultarlas, se colocará encima el alfiler, y queda hecha la lazada.

Si el pelo es largo, y su color igual desde la raiz hasta las puntas, se puede formar con él una segunda lazada; pero si varía el color, como generalmente sucede en las rubias, es preciso doblar las puntas para ocultarlas entre las lazadas.

Para un hermoso peinado, ni ha de haber mucho ni poco pelo: cuando está muy espeso se hacen algunas trencitas que se disimulan ó esconden fácilmente con un poco de maña; cuando está claro, es preciso emplear un atado postizo que, cuan-

do se forma el casco, se retuerce el pelo de modo que no se conozca.

Para que un peinado quede bien concluido no se han de emplear pomadas, aceites, ni otras sustancias grasientas que humedecen el pelo, porque su efecto es pegarlo uno á otro, y por consiguiente impiden que se bata con facilidad, y perjudican á la limpieza y ligereza de las lazadas, porque formando torcidas el pelo no es posible ocultar el batido. Es mas conveniente batir el pelo seco siempre que no lo esté demasiado. En esto, como en todo lo demas, es preciso guardar un justo medio.

Segun el corte de cara convendrá hacer mas ó menos lazadas. El corte largo no requiere tantas como el que no lo es. Para un peinado comun, ó enteramente sencillo, solo se hará un pequeño número de lazadas: mas aún, para un peinado complicado, porque en éste, mientras este mas guarnecida la cabeza, estará mas adornada: pero el número de lazadas debe adap-

tarse á la variedad de su tamaño, y á su colocacion. En esta clase de peinados la elegancia resulta de su irregularidad, pero la irregularidad no puede sentar bien sino la dirige el buen gusto. Hay muchos modos de dar vueltas, ó rodear una lazada; las de delante, por lo menos hácia su medio, deben estar derechas para tener mas gracia; esto es, apoyadas en el anillo que figuran, porque la porcion convexa y lisa es la única que se ve. Las lazadas de atrás se colocarán segun lo permita el tamaño de la cabeza.

LECCION VI.

Colocar las flores y hacer el turbante.

La colocacion de las flores exige mucho gusto, pues su eleccion y arreglo debe guardar cierta armonía y relacion con el color de la persona que se peina, y con la forma de su cara.

El peinado en que han de servir de

adorno las flores, debe estar hecho de antemano: puede ser alto, bajo, ancho, estrecho, en una palabra, como se quiera. (*Véase lo dicho sobre este punto en el modo de peinarse á sí mismo*, leccion XI.)

Las flores han de estar mas altas que las lazadas para que se vean mejor, y es muy esencial que estén mas levantadas en la parte superior de la cabeza, que en todo lo demas de ella: las de los lados estarán mas unidas: por lo regular se colocan algunos cabellos en las sienes para que acompañen, ó mejor dicho, para que adornen la cara; pero para esto debe darse la preferencia á las flores mas brillantes y hermosas, escogiendo las de menos bulto y mas delicadas para que puedan desprenderse con facilidad cuando se trate de ello.

Al colocarlas se cuidará de no quitarlas su ser, ó desnaturalizarlas, como sucede muy á menudo, rompiéndolas el pezon en que se sostienen, pues no se pueden poner todo lo largas que conviene, y obliga á colocarlas agolpadas, ó por lo menos

muy cerca las unas de las otras. Se deben dejar los pezones tales como están, esto es, en toda su longitud, porque si no se descompone la seda que cubre el alambre; y descubierto, se agarra al pelo. El alambre debe tener cierta consistencia, con el objeto de que cuando se haga un peinado alto, y se asegure su estremo con un alfiler, no cabecée la flor.

Cuando se quiera poner cintas, y hacer un peinado de moda, deberá coserse ó en medio, ó en la orilla de la cinta, de punta á punta, alguna cosa que la dé mas consistencia, para que sin temor se puedan hacer lazadas altas sin que estén espuestas á caerse en el baile, ó en cualquier otro ejercicio violento.

De los turbantes.

Me resta que hablar de los turbantes. Estos son de varias clases: *á la asiática, á la griega, á la turca, á la circasiana, á la egipcia, á la judía, etc.*; pero esplicaré

solamente el modo de formar el mas usado.

Los turbantes se hacen con dos pedazos de tela de distintos colores, ó con un chal de cachemir, una echarpa, banda de crespon, etc.

Sabiendo hacer un turbante de cualquier clase, se consigue fácilmente, despues de algunos ensayos, hacer los demas, variando y disponiendo las lazadas de modo que hagan mas favor á la cara.

El turbante de que voy á hablar se hace con un cachemir cuadrado. Se le coge primero por una de sus puntas: despues bajando la mano izquierda hasta la distancia de ocho pulgadas por bajo de la punta, se pliega el chal en esta parte, y se le ata con un cordon; entonces se pone el chal en la cabeza cayendo adelante la punta atada: hecho el lazo con el pulgar y los dos primeros dedos de la mano izquierda, se tendrá suspendido el chal por el pico sobre el que está colocado el lazo; en seguida con el pulgar y primer dedo de la mano derecha, se coge á co-

sa de unas catorce pulgadas del nudo, una de las orillas del chal, que se pliega hasta llegar á la otra orilla, soltando los dos primeros dedos y volviéndolo á tomar con los otros tres. Reunidos así los pliegues, se pasa el chal por la cabeza, cayendo la punta sobre la frente, y se fija con un alfiler: se recoge por detrás, plegando siempre á dos manos el chal, que se tuerce para que se sostenga, ó se lia si se juzga mas conveniente. Cuando se lia se pone un alfiler para sujetarlo, teniendo cuidado de dejar descubierto el nacimiento del pelo de la nuca, á menos que no haya alguna causa para cubrirlo. Luego que el chal está bien asegurado, se vuelve á tomar lo que queda de él, se pasa por encima de la punta que se tiene cogida, se pone un alfiler en este punto, y se coloca una lazada mas adelante que la que se ha formado en el lado derecho, para que no sean iguales. Se hace despues otra mayor en el lado izquierdo, y mas baja que la de la derecha, se pone un al-

filer, y se deja momentáneamente el chal en este estado. Ahora se vuelve á tomar la punta de delante para formar una lazada *medio tendida*, que es la que ha de dar la gracia al turbante. Es preciso ocultar la punta detrás de las otras lazadas, ó de la que se forma, y para esto se la dobla antes de poner el alfiler.

Se volverá á tomar el chal donde quedó, y se hará un solo retorcido, que se rodeará con gracia detrás de la cabeza. Si el chal es tan largo, que se le pueda dar otra vuelta, se formará un nuevo órden de lazadas enteramente contrarias, y por encima de las que ya están colocadas; y volviendo sobre la derecha, se pliega á seis pulgadas para formar una lazada que se sujeta con un alfiler en la parte del chal que cubre la cabeza. Del mismo modo se plegará para formar la segunda lazada, que será mas grande, y se asegurará con un alfiler: por último se formará la tercera que aún ha de ser mayor. Si el chal no es bastante grande, se concluirá el turban-

te por detrás de las lazadas, que se han formado primero. Para acomodarlo bien al aire de la cara será bueno retocarlo, pero sin descomponerlo. Las lazadas han de ser todo lo largas que se pueda, y colocarse al *biés*; (*) advirtiendo que el lado derecho del turbante debe ser siempre mas alto que el otro.

El último pedazo del chal sirve para formar en la parte superior de la cabeza una lazada en *biés* que debe sobresalir de las demas.

Hacer un turbante con una echarpa.

Es necesario tener una trencilla que se pondrá en el pelo, despues de dividido con la primera pua del peine, de modo que la mitad quede arriba, y la otra mitad debajo de la trencilla. Se lia ésta alrede-

(*) De la palabra francesa *biais* han generalizado las señoras la de *biés*, que corresponde á la voz castellana *sesgo*.

dor de la cabeza por encima de las orejas, atándola un poco apretada. Se toma la echarpa por una punta, y se reune á pliegues, se lia de modo que se dejen pasar unas cinco pulgadas de ella; la punta liada se asegura con un alfiler en el lado izquierdo encima de la oreja, cuidando de que la caida de esta punta adorne la cara. se pasa la echarpa por encima de la cabeza, dejando adelante lo necesario para asegurarla sobre la trencilla por medio de un alfiler: se toma despues toda la echarpa con las dos manos, se la pliega, y se fija sobre la orèja derecha con la trencilla: la persona que se peina, ú otra cualquiera que asista al tocador, tendrá la punta de la trencilla que estaba colgando: se vuelve á coger la echarpa, y se vuelve á plegar: se pasa primero sobre la trencilla, y despues entre ésta y la cabeza para formar una lazada. Del mismo modo se formarán muchas alrededor de la trencilla, siendo la segunda menor que la primera; la tercera menor que la segun-

da, y así sucesivamente en disminucion.

Colocadas las lazadas, se las dispone en forma de guirnalda, se ata interinamente la trencilla cerca de la oreja izquierda mientras que se redondean y arreglan las primeras lazadas: hecho ya esto, con lo restante de la echarpa, que se vuelve á tomar, se hacen otras nuevas hasta que no quede mas que una punta que se introduce por debajo de la última lazada.

Medios de que han de valerse los hombres para estar bien peinados, y conservar la hermosura del pelo.

Para estar bien peinado se necesita, 1.°, que el pelo esté perfectamente cortado al aire de la cara: 2.°, que constantemente se conserve en el mayor aseo por medio del cepillo y del peine: 3.°, que de tiempo en tiempo se les sustente con alguna sustancia grasienta favorable: (*) 4.°, que

(*) La *nata de estoraque*, solo el Autor la hace en París. Vive en el palacio real, galería de la Rotonda, número 88.

su rizado se haga con papillotes: 5.°, que al ir á acostarse se coloque el pelo como corresponde debajo del pañuelo de dormir: 6.°, que al pelo inmediato á las sienes se le dé una direccion horizontal: 7.°, que se quite y ponga el sombrero con precaucion; y 8.°, que siempre que se descubra la cabeza se cuide de que el pelo esté arreglado.

Del corte del pelo.

El principal cuidado en el corte del pelo es el hacerlo al aire de la cara, sin lo que no estará bien cortado. Todo peluquero diestro sabe que el pelo muy espeso en los lados solo conviene á un hombre de cara larga, y sienes hundidas: sin embargo no debe estar muy largo en esta parte, porque faltándole apoyo, el menor viento, ó humedad, los dejaría caer sobre las orejas; cosa bien fea á la vista.

Para cortar bien el pelo es necesario cortarlo cuadradamente, esto es, de modo que ninguna punta sobresalga de otra:

se empieza por detrás de la cabeza desde el cuello, donde el pelo es mas corto, para dejarlo gradualmente mas largo conforme se vaya subiendo: vale mas que el pelo quede demasiado largo, que incurrir en el esceso contrario; porque en el primer caso, se puede volver á cortar; y en el segundo la persona queda desfigurada por mucho tiempo, sin que haya medio alguno de remediarlo.

Acabado de cortar el pelo por detrás, se hará la misma operacion por los lados, principiando por la derecha: se cogerá el pelo entre el primero y segundo dedo de la mano izquierda, con la palma hácia dentro, y se cortarán sus puntas, en una gradacion insensible; de modo que siendo mas corto el de las sienes, sostenga el pelo que pueda caer por los lados, que por lo comun incomoda. Es esencial que las orejas queden perfectamente libres de pelo para no sufrir el cosquilleo que produce el desagradable contacto del pelo, que anda de un lado á otro.

El del lado izquierdo se cortará como el del derecho; y por lo que hace al pelo del medio, se le cogerá igualmente entre el primero y segundo dedo de la mano izquierda, cortándolo muy cuadrado, porcion por porcion, hasta llegar á lo alto de la cabeza. Lo mismo se hará con el pelo intermedio, que es el que ni pertenece á los lados, ni al medio. Cortado así, se pasará repetidas veces el peine á contrapelo para que si hay alguna punta mas larga que las demas, pueda igualarse cortándola. Recorrido el pelo, se le pasa una lendrera de box para quitar todo el pelillo corto que puede haber quedado de resultas del corte, y despues se cepillará para acabar de limpiar la cabeza, y darla mas brillo.

Será bueno rizarse el pelo lo menos posible, porque con el fuego se seca, y colorean sus puntas. Como que el fuego absorve el jugo necesario á la nutricion del pelo, es natural que se encanezca y caiga, como sucede generalmente: entonces se recurre para alimentarlo á las pomadas y

aceites de todas clases; y lo que sucede con esto, es apresurar mas los progresos del mal, que se trata de remediar; porque las grasas cierran la traspiracion, y sufocan los bulbos; y los aceites secan la raiz del pelo. La nata de estoraque es el único compuesto que no tiene estos inconvenientes; pero no por esto se deben esperar de ella prodigios, ni este poder vivificador que el charlatanismo atribuye á sus numerosos específicos: la única ventaja que tiene es, que como en su composicion están combinadas por las luces de la ciencia moderna, las sustancias que se emplean en ella, con la naturaleza del pelo, su nutricion, y causa de sus enfermedades, puede producir buenos efectos.

Conservacion del pelo.

El pelo es un verdadero adorno únicamente mientras está aseado y conserva la brillante viveza que tanta gracia hace á sus ondulaciones. Esto se consigue con el

cuidado de peinarlo y cepillarlo por mañana y tarde. Al acostarse se cubrirá con un pañuelo de hilo; lo primero, para eviar que el pelo se ponga fosco y adquiera remolinos; y lo segundo, para preservarlos del polvo, y de las pelusillas de las almohadas y demas ropa de cama. Antes de pasar el cepillo, si se quiere limpiar con el la raiz del pelo, se dividirá éste con el peine, dándole ligeramente con la nata de estoraque liquidada entre las manos: pero estando suave el pelo no hay necesidad de usar de ella á menudo.

Poner los papillotes.

Por lo comun hay siempre la costumbre de inclinar el pelo hácia un mismo lado, y por consiguiente esta es la direccion que se ha de observar para poner los papillotes. Los que usáren el pelo levantado, y corto en estremo, están libres de semejante cuidado, y dispensados de leer una obra que no se ha hecho para ellos: pero

los que no miran con indiferencia el estar bien ó mal peinados, sacarán sin duda algun fruto de los consejos que les doy; advirtiéndoles que para asegurar la buena direccion del pelo, nada hay mejor que el uso de los papillotes, aunque en corto número.

Para que el rizado parezca natural, cada papillote debe contener una mecha ó porcion de pelo bastante gruesa, con el fin de que forme solo gancho cuando se desenvuelva.

Si se ponen muchos papillotes, siendo general el rizado, y sucesivamente dividido, daria á la cabeza un aspecto tan ridículo como el que dá el pelo aplanado ó erizado.

Los anillos de cada papillote se deben dejar muy anchos, por cuyo medio parece que el pelo recibe el bucle sin esfuerzo, y por una disposicion que le es propia.

Del pañuelo de dormir.

El pañuelo, como ya se ha dicho, debe ser de hilo; se doblará por la mitad de

modo que forme un triángulo; despues tomando una de sus puntas en cada mano, se pasará por la cabeza, bajando hasta la nuca, que se cubrirá la primera; y por este medio se consigue unir adelante, y bajo el pañuelo, todo el pelo de los lados. Antes de atar el pañuelo, á medida que se vá cubriendo la cabeza, se irán arreglando debajo de él los papillotes, que se cuidará de colocarlos de plano, y encima las puntas para que no adquieran ningun mal vicio. El panuelo, como se ha dicho, ha de venir de atrás adelante, donde se atará con un nudo ó lazada.

Cuidado que ha de tenerse con la cabeza al tiempo de levantarse.

Si durante la noche ha traspirado la cabeza, y el pelo está humedo, no ha de quitarse el pañuelo de dormir hasta pasado un rato de haberse levantado. Aunque no sea así, el papillote no se debe quitar inmediatamente, sino aguardar á que se ha-

ya refrescado, porque sin esta precaucion no se riza.

Quitado el papillote se desenreda el pelo con las puas anchas del peine, muy poco á poco, y no de una tirada para que no se quiebre ni se arranque, y despues se le pasará la lendrera, que será mejor si es de box y bien hecha; esto es, de dientes iguales, y no muy agudos para que no ofendan el casco y hagan saltar la sangre. De esto resultan esas ulcerillas, que si bien son poco peligrosas, tardan en secarse, porque se renuevan todos los dias hasta que se cicatrizan completamente por una costrilla, que al caerse se lleva siempre tras sí algun pelo.

Cuando se hace uso de la lendrera no debe pasarse con demasiada fuerza, ni empeño en hacerlo por un mismo sitio, para que no resulte una irritacion. Deseosos de apaciguar la comezon ó picazon, que accidentalmente se siente en un punto de la cabeza, no se deja de pasar por él la lendrera hasta que se esperimenta una

sensacion dolorosa, que puede acarrear fácilmente alguna jaqueca, y aun esponerse á veces á congestiones.

Estando el pelo bien peinado se acabará de asearlo con un cepillo, ni muy duro ni muy suave; y si se quisiese cepillar el pelo hasta su raiz, se dividirá como si se fuese á poner papillotes. Acabada esta operacion se aumentará su brillo por medio de la nata de estoraque.

Si en lo restante del dia se nota que el pelo de los lados se cae sobre las sienes, se le levantará con suavidad, y colocará con los dedos en su lugar: y de este modo se logrará á la larga que se reuna y se sostenga por sí mismo. De tiempo en tiempo se ha de levantar tambien el pelo de delante cuando se aplaste sobre la frente.

Precauciones que han de tomarse para ponerse el sombrero.

Se evitará que el pelo de adelante esté oprimido con el borde del sombrero, que descansa en la frente; y no es menos esencial igual cuidado con el de los lados, cuya opresion se evitará levantándolos é introduciéndolos en el sombrero, de modo que su forma no les haga contraer remolinos. Sin esta precaucion no se estará bien peinado.

Id. para quitárselo.

Es muy casual que un sombrero puesto mucho tiempo en la cabeza no altere el peinado en alguna de sus partes; y aun á veces la traspiracion y la opresion lo desarreglan enteramente. En este caso es preciso volver á ahuecar las mechas, restablecer los tufos, y dar al todo del pelo el aire que tenia; pero si está sudoso, lo me-

jor será dejarlo secar antes de tocarlo. Para conseguirlo mas pronto se enjugará el sudor con un pañuelo, solo apretando el pelo, pero sin frotarlo: el contacto del aire hace lo demas, y el pelo vuelve á levantarse y adquirir por sí el rizo que debe tener.

Uso de las tenacillas ó hierro de rizar.
(V. la fig. 14.)

El buen hierro para este uso ha de ser terso, de un grueso mediano, y un poco largos los mangos, que se cubrirán con un bramante para evitar la quemadura de los dedos.

Para calentar el hierro debe estar bien cerrado; se pone á fuego de carbon ó brasa, porque el de llama perjudica en razon á que no hay llama sin humo, y el humo lleva consigo una humedad que percibe el hierro, é impide que se escurra cuando se quiere quitar el papillote á que se le ha aplicado.

Cuando se conozca que el hierro está caliente, se probará en un papel blanco para asegurarse de que no lo está con esceso: si lo tuesta, debe quemar el pelo. Tampoco ha de estar demasiado frio, porque entonces no produciria efecto. Debe adoptarse un medio para el hierro, que por caliente que parezca, podrá usarse de él siempre que no tueste el papel. Para enfriar el hierro que esté demasiado caliente, no hay otro arbitrio que esperar á que por sí se ponga en el grado de calor que convenga.

La persona que desée rizarse el pelo, debe colocarse á buena luz, delante de un espejo, que cuanto mas grande sea será tanto mejor. Despues de dividido el pelo con las puas grandes del peine, principiando por lo alto de la cabeza, se irá cogiendo en porciones pequenas para que las pueda penetrar el calor del hierro, y obrar en ellas su accion. Se cogerá el hierro por el mango del lado grueso con la primer falange del primer dedo de la mano derecha, y por el otro mango con los dos

primeros y tercer dedo de la mano derecha; esto es, con los tres dedos, de los cuales la primera falange del uno está puesta en el mango del lado grueso.

Para abrir el hierro servirá la tercera falange del tercer dedo que está entre sus dos mangos: y para cerrarlo se empleará la segunda y tercera falange del segundo dedo. De este modo se abrirá y cerrará con suma facilidad.

Para hacer el bucle del pelo, se le cogerá por las puntas entre el primero y segundo dedo de la mano izquierda, y se introducirá en el hierro, que no ha de soltarse de la mano derecha, poniendo detrás el lado hueco del hierro para enroscar el pelo en su direccion: esto es, envolviéndolo hácia dentro. Para esta operacion es preciso servirse de toda la mano. Enroscada en el hierro la mecha ó porcion de pelo, se la tendrá en él unos diez segundos, y despues se volverá el hierro hácia la frente, abriendolo y cerrándolo varias veces. Para redondear el rizo,

se le dejará aun unos tres segundos en el hierro, que se volverá de nuevo hácia dentro hasta que el pelo no presente resistencia alguna. Cuando se vea que con la accion de abrir y cerrar el hierro queda enteramente desprendido del rizo, se sacará, con el auxilio de la mano izquierda, que irá levantando el rizo para que no se deshaga. De la misma manera se rizará toda la cabeza, escepto el pelo de la cara, que debe enroscarse hácia la cara. Luego que se haya rizado el pelo, se esperará á que esté frio para deshacer los bucles, y cuando ya lo esté bastante, se les dará un poco de nata de estoraque, y se peinará. Para usar de ella, se pondrá en la palma de la mano el tamaño de una avellana, se frotarán las dos palmas para derretirla, y cuando lo esté, que no se tarda mucho, se frota el pelo de modo que se introduzca hasta la raiz: en seguida se pasa el peine.

Peinados artificiales.

Sirven para disimular los efectos de la caida del pelo, sea en toda, sea en parte de la cabeza.

Estos peinados no producirán buena vista sino están hechos con pelo.

El cabello, desprendido del tejido en que están injertos los bulbos, deja de vegetar porque no recibe ningun jugo nutriticio, y así muere mas ó menos pronto sino se recurre á ciertas precauciones que impidan que se seque.

El pelo postizo se ha de mirar bajo dos aspectos; ó *natural*, ó *facticio*. (*Pelo preparado.*)

Se llama natural el que antes de cortarse se riza por una disposicion que le es propia. Esta clase de pelo es mas rara y estimada, particularmente si le acompaña la figura. Se conserva metiéndolo en sacos de cuero, despues de hechas trenzas, para preservarlos del contacto del aire. Así es

como lo conducen los que trafican en pelo, del que se surten en las ferias en varios paises. Por lo comun se presentan en ellas á cortarse el pelo doscientas ó trescientas mugeres, que truecan su pelo por pañuelos, delantales, etc. Jamás reciben dinero por él, porque un temor supersticioso se opone á que esta clase de comercio se haga de otro modo que á cambio.

El pelo de rizo natural se limpia muchas veces antes de llegar á las manos del peluquero, que acaba por asearlos y prepararlos segun el uso que va á hacer de ellos, sin alterar en lo mas mínimo su color primitivo.

Las pelucas y bisoñés de esta clase de pelo son preferibles á todas las demas: sus mechas, cuando se tiene cuidado de arreglar sus puntas, tienen una delicadeza agradable, y toda la elasticidad que se necesita para hacer de ellas cuanto se desée.

El pelo facticio es muy inferior en calidad: por lo comun está teñido y hervido. Para rizarlo se le enrosca en unos molde-

citos de madera, que pendientes de un bramante, se les echa en una caldera con agua, donde se les deja hervir cerca de veinte y cuatro horas. Cuando suelta toda la pringue se le deja secar al calor de la estufa: se le saca de los moldes, se le pasa una carda hecha con puntas de mimbre, y se le vuelve á dar el brillo con un poco de manteca fresca de cerdo. Se puede formar una idea del poco cuerpo que tendrá el pelo que ha sufrido semejante preparacion. Desprovisto de toda la sustancia interior, que se lo daba, y privado de esta especie de barniz que hace impermeable el pelo de todos los animales, queda espuesto á todas las influencias esteriores, y por consiguiente toma á poco un color sucio y desagradable. Empleado en trenzas ó bisoñés, cuando se pone al lado del pelo vivo, se distingue estraordinariamente por su color empañado, y miserable vista. Los que estimen en algo de la hermosura de su peinado, cuidarán de que no se les venda pelo facticio: es verdad que po-

drán adquirirlo á menor precio; pero tambien lo es, que por barato que lo compren siempre lo pagarán muy caro.

El matiz del pelo natural es igual por todas partes, y tiene mas brillo que el facticio: aquel tiene mas meollo y fuerza, y éste es áspero y seco al tacto, y con un reflejo muy caido. El pelo teñido se conoce en que la calidad de su tinte es parecida á la de los sombreros.

De los bisoñés.

Nada mas comun que los bisoñés, porque el asiento de las facultades intelectuales está entregado á un ardor contínuo, y el resultado consiguiente de esto es las mas veces la prematura caida del pelo de la parte superior de la cabeza donde se obra la fermentacion, y el trabajo. Esta causa está ya reconocida, sin embargo de que algunas otras acarrean tambien semejante daño.

¡Cuántos jóvenes hay con pelo muy es-

peso en la nuca y sienes, que no tienen uno siquiera en lo alto de la cabeza! Sin embargo, es muy corto el número de calvos que se ve, en razon á que los hombres de entendimiento no se desdeñan ya de acudir con tiempo á la habilidad de un peluquero. Antiguamente hubiera sido propio de un filósofo hacer alarde de las señales de una caduquez anticipada; pero como hasta el amor propio está interesado en que uno parezca mas bien jóven que viejo, ya no se titubea en echar mano de los bisoñés antes que sea demasiado visible la causa que precisa á usarlo. El que por una falsa vergüenza no se decide á ponérselo hasta el último estremo, tiene contra sí que todo el mundo conoce el medio que ha tomado, y por consiguiente la vista pierde la ilusion necesaria á ocultar tal peinado. Por pequeño que sea el espacio, que la alopecia (*caida del pelo*) parcial deje descubierto, es preciso apresurarse á disimular tal accidente, si se quiere evitar los disgustos á que por un accidente pue-

de esponer aquella. Si la alopecia hace progresos, es necesario ir cubriendo á medida que ella descubra, y con la misma prontitud; y aun adelantarse á ella sería mas prudente.

Hay bisoñés de muchas clases: los *de cola* son los primeros de que se hizo uso: en seguida se idearon los *metálicos*; despues los de *corchetes*; á poco los de *tiros ó cintas*: y por último, los *implantados*.

El bisoñé de cola conviene á las personas que no tienen esperanza de que retoñe el pelo en el sitio donde les falta. Estos bisoñés se ajustan perfectamente, y cuando están bien hechos, y su color exactamente igual al pelo, no es posible distinguirlo del natural. Por lo general para asegurarlos se hace uso de una mala cola, y de ello resulta una contínua esposicion á accidentes que, sin querer, han de escitar la risa: pero felizmente se ha remediado ya el contratiempo de que se despegue á lo mejor, y voy á manifestar el medio.

Hay diferentes especies de cola para el bisoñe; una de las mas sólidas se compone de harina de cebada, con la que se hace una pasta humedeciendola con agua, en la que se disuelve goma arábiga: puesto el bisoné con esta cola, puede durar sujeto unos dos meses; pero será bueno renovarla antes que haya perdido toda su fuerza de aglutinacion. Muchas personas usan solo de la goma, pero de este ó del otro modo; cuando se quita el bisoñé siempre causa el disgusto de arrancar el pelo que lo rodea. La mejor y mas aseada de todas las colas se hace con cera vírgen, espíritu de vino, alcohol, etc.

En un apuro se puede echar mano de la clara de huevo para asegurar el bisoñe; pero en este caso es preciso tener cuidado de no hacer ningun movimiento, ni ejercicio violento, sopena de que se caiga.

Cuando se use el bisoñé de cola, se empieza por untar con ella la cinta que guarnece sus orillas: se coloca en la frente la punta de delante, teniendo cuidado que

junte bien con el pelo natural; pero sin que pase mas de lo regular para no ir haciendo mayor el espacio que no tiene pelo: se pone la mano por un rato sobre el bisoñé, y se deja secar.

No se debe hacer uso de los bisoñés armados sobre tafetan, porque ademas de ser poco sanos, como para asegurarlos hay que ponerles cola por todas partes, resulta que no se pueden quitar sin arrancar el pelillo corto que cubren, y por consiguiente producir un dolor mas ó menos vivo.

Los bisoñés metálicos están sostenidos por medio de resortes, que causan una fuerte opresion en las sienes. Son á la vez menos disimulados, mas incómodos y mas perjudiciales á la salud. Principian por destruir el pelo en el sitio donde oprime el resorte, y acaban por dejar en él un vacío tan grande como las placas que tienen á sus estremidades. En vano se las cubre con cintas, y se las rellena de algodon; ellas luden el cabello hasta la raiz,

sofocan los bulbos, é impiden que puedan reproducir.

Los bisoñés metálicos son demasiado notables cuando sobre las orejas no hay pelo bastante espeso y largo con que cubrir bien estas planchas de hierro. Tales bisoñés no son útiles para las personas que tienen poco pelo, ni para los que comunmente lo llevan corto; ademas de que al colocarlos sucede muchas veces que por distraccion se pone lo de atrás adelante. Son escesivamente incómodos debajo del sombrero, y no se puede poner una mano sobre la cabeza del que lleva bisoñé de esta clase, sin echar de ver un cuerpo estraño demasiado voluminoso para que no se sospeche el artificio. No hay necesidad de hacer una enumeracion de todos los disgustos que de ello pueden originarse. Estas razones son, á mi entender, mas que suficientes para renunciar á los bisoñés metálicos, sin embargo de que aun no he hablado de la interrupcion de la circulacion de la sangre en los *temporales* de las

horrorosas jaquecas que causan, de las apoplegías, males de ojos, ect.

El bisoñé de corchetes es el que mas conviene cuando se puede remediar aun la falta de pelo, y se echa mano de ellos mientras se afeita la cabeza para que el pelo crezca con mas fuerza. Estos bisoñés deben estar armados al aire; esto es, en cañamazo, tul ó red, y con una cinta estrecha en sus orillas para que no intercepte el aire tan necesario á la vegetacion de los bulbos. Aunque los bisoñés de corchetes son apreciables bajo este punto de vista, no se crea por eso que no tienen ninguna contra: lo primero, forman en la cabeza un volúmen poco disimulado al tacto; y lo segundo, que forzosamente se ha de sentir tirantez en el pelo en que se fijan los corchetes, que ademas desgastan su raiz, y á veces la muelen, corroyéndola enteramente cuando los corchetes crian orin, es preciso abrirlos antes de colocar el bisoñé en la cabeza, que debe ponerse derecho y de modo que tape toda la parte

que no tiene pelo ; en seguida se toma una mecha con mucha igualdad para evitar que ningun pelo tire mas que otro, se la pone en el corchete y se cierra. Es preciso cuidar de no asegurar siempre los corchetes en una misma mecha ó porcion de pelo para evitar que se ofenda su raiz hasta el estremo. Los corchetes de *hoja* son los mas cómodos ; se llaman así porque se componen de una muesca ó encaje, y de una plancha que entra en él, y se cierra ella misma por medio de una charnela de resorte. Cuando está cogida la mecha entre el encaje y la plancha, se aprieta con el pulgar hasta que se conoce que queda bastante firme. Siempre se ha de asegurar y principiar primero por los corchetes de los lados, y se ha de concluir por el que asegura el bisoñé por detrás, en el que es necesario apretar con firmeza la mano izquierda para que la armazon del bisoñé siente bien en la cabeza y no quede hueco.

Algunos peluqueros aseguran este bisoñé con cuatro corchetes ; pero me parece

que bastan tres, porque mientras menos sean los puntos que deban sujetarse al pelo tanto menos se resentirá éste.

Los bisoñés de *tiros* ó cintas, que los franceses llaman *á brides*, son los menos conocidos, sin embargo de que hay muchos que los llevan. Exigen mas cuidado para hacerse si han de cubrir bien toda la parte que no tiene pelo. El patron de la armazon ha de cortarse por una forma particular, para que al apretar los tiros, ni se levante, ni se vaya atrás el bisoñé. Estos tiros son de cuerda de vihuela, ó de una cintita muy estrecha, (*listoncillo*) que viene por cada lado de las sienes dando vuelta á la cabeza. Bajo estos tiros hay unos elásticos que sirven para sujetarlos: otras tres pequeñas cintas, que vienen á unirse al listoncillo, están dispuestas de modo que impiden que el bisoñé se levante por detrás. El todo está cubierto y guarnecido de pelo, que guarda la misma direccion que el de la persona que lo va á usar. Estando bien guarnecido disimula

perfectamente los atados. No diré que estos bisoñés sean los mas cómodos; pero por lo menos no dañan á la salud, quedan bien disimulados, y son preferibles á los metálicos.

Los bisoñés *implantados* son los que imitan mejor al natural, y cuando están hechos con maestría, y con pelo de calidad superior, es imposible distinguirlos del pelo vivo. Desgraciadamente su armazon no es al aire, y por consiguiente queda privada de él la parte que cubre el bisoñé: inconveniente imposible de remediar; pues es necesario que el pelo se pase por una tela de seda muy tupida. Los bisoñés implantados agradan generalmente, porque lisonjean la vista y causan ilusion. En el dia la mayor parte de los bisoñés comunes tienen una *finicion implantada* para formar la *espiga*. Esta innovacion es de las mas felices; pues siempre se concluía mal con la trenza, por cuidado que se pusiese, en razon á que no todas las manos de los peluqueros eran las mas aparentes para ello.

He hecho ver las diferentes clases de bisoñés, y ahora manifestaré los medios de su conservacion. Para condurarlos y conservarlos en el estado correspondiente de aseo y frescura, se les pondrá en una caja bien cerrada, envolviéndolos en un papel para que el pelo no se roce ludiendo en las paredes de ella. He visto deteriorarse muchos bisoñés, hasta el caso de quedar inservibles, por no haber tomado esta precaucion.

Se preserva su pelo de la sequedad dándole de cuando en cuando con la nata de estoraque, ó cualquiera otra sustancia mantecosa, que no le perjudique. Para estar bien peinado se necesitan dos bisoñés exactamente iguales en su corte, y en el color de su pelo, porque si difieren lo mas mínimo en cualquiera de estos dos puntos, hacen variar la fisonomía, y producen un mal efecto á la vista. Con dos bisoñés, hay la ventaja de remudarlos, sin ponerse el que pueda estar húmedo: así será mayor su duracion porque á un mismo tiempo se

cuida de la armazon, y del pelo, dejándole tiempo de secarse.

De las pelucas de hombre y muger; de los rizos, añudidos, etc.

Para que una peluca reemplace cual conviene el pelo natural, es preciso que ni sea grande ni chica, y por lo mismo no se debe principiar á hacer hasta haber tomado todas las medidas necesarias. Es menester consultar asímismo con la persona que ha puesto en él su confianza, para enterarse de cómo se peinaba con su pelo natural; si le inclinaba al lado derecho ó izquierdo; si le llevaba caido ó levantado; espeso ó claro; corto ó largo; liso ó rizado, etc., y ceñirse en un todo á estas noticias. No es menos útil tomar una exacta idea de la configuracion de la cabeza, ver dónde hay alguna protuberancia, sea oseosa á carnosa, marcando con precision dónde cae, su estension, volúmen, etc., para figurarla, con un cuero ó plomo, en la ca-

beza de madera, que sirva de molde á la peluca. Estando acabada, es cuando, al cortar el pelo, debe acomodarse al aire de la cara; pero esta operacion pide gusto y habilidad.

Una peluca mal hecha hace que la persona, que se la pone, represente mas edad: cuando está muy cargada dá cierta especie de dureza á los rasgos de la cara. La peluca no solo sirve para cubrir la parte que carece de pelo, cuya vista es siempre desagradable, sino tambien para disimular el pelo encanecido antes de tiempo, ó de un color poco grato. No son solo los que no tienen pelo los que usan pelucas. Conozco jóvenes, que habiendo empezado á usarla por haberse hecho afeitar la cabeza para dar mas fuerza á su pelo, sin embargo de haberlo conseguido, echan mano de la peluca cuando no pueden detenerse á peinarse bien. Estoy seguro de que en este género el peluquero, que es observador, no solo puede imitar, sino aventajar á la misma naturaleza:

lo importante es no chocar en un sentido contrario; quiero decir, no dar pelo negro á un hombre de ochenta años, ni rubio á una muger de igual edad.

La peluca no solo contribuye al adorno de la cabeza, sino á darla mas fortaleza y vigor: preserva de fluxiones á la boca, males de oidos, jaquecas, optalmias, gota serena, etc.; y muchas personas atacadas de reuma en el cerebro, deben su curacion al uso de la peluca, forrada en franela ó agarico.

Antiguamente las pelucas de las señoras no tenian la perfeccion que tienen en el dia. Por medio de la *implantacion* hemos conseguido imitar la disposicion del pelo de la cabeza con todos los claros que en algunos puntos deja ver el sudor ó el remolino. La implantacion está mejor ó peor hecha, segun la mayor ó menor delicadeza de las pasadas del pelo en el tafetan. Cuando cada pasada es de un solo cabello plantado con regularidad, es mas hermosa la implantacion, que cuando es de mu-

chos juntos, ó separados por una parte y otra como por casualidad. Sin conocimiento en el arte es fácil confundir al pronto estos dos modos de implantar, pero mirándolo de cerca se notará una gran diferencia. En el uno se imitan las rayas del pelo sobre la carne con tal propiedad, que puede engañar la vista mas perspicaz; al paso que el otro lo hace de un modo grosero, y que deja conocer el engaño inmediatamente.

Las personas que compran pelucas *implantadas* no fijan demasiado su atencion en que estén hechas con la minuciosidad que requieren las obras de este género. Las pelucas de pelo natural son aquellas en que la implantacion se ha ejecutado con mas acierto: imitan á la naturaleza hasta equivocarse; sobre todo si cogen bien la cabeza sin encajar mucho, ni sumir el rostro; no forman ningun pliegue, ni se levantan por detrás, que es un defecto considerable.

Las que no tienen suficiente pelo pue-

den aumentar su volúmen, segun les acomode, por medio de los rizos *invisibles*, así llamados, porque se confunden con los propios. Su armazon debe ser pequeña para que ocupen lo menos posible en el pelo, que es indispensable que esté corto á fin de que se mezcle fácilmente con ellos.

Se peinarán los rizos antes de ponérselos, sujetándolos con un alfiler en una almohadilla, ó cosa equivalente, y disponiéndolos como se quieran. Estando bien arreglados, jamás se descomponen. Hay rizos destinados al mismo objeto, que se aseguran con un peine; y hay tambien otros que se ponen sobre el pelo; son muy cómodos para peinarse de pronto en cualquiera urgencia, y ademas de que, para que queden sujetos, no se necesita de cordones, ni corchetes, tienen la ventaja de ser baratos.

Cuando las que tienen poco pelo se valen de añadidos, han de cuidar, al escogerlos, que no sean muy fuertes, porque sien-

do muy espesos arrancarán el pelo. Para que queden bien colocados y formen el retorcido, deben estar armados de punta, porque en el dia, que ya no se ata el pelo, no se pueden emplear los añadidos de armazon ancha y aplastados. El añadido exige algunos cuidados para que no se rompa su pelo: si éste está seco se le suavizará con una sustancia mantecosa que reanime su brillo, y le refresque, usando de ella siempre que se vea que algunos pelos cortos se separan de la mazorca. Si en esto se emplea nata de estoraque, es necesario dar muy poca para que el batido se haga sin impedimento.

Del añadido no se usará sin desenredar bien su pelo para que no forme ondulaciones; para ello se sujetará en alguna parte su armazon, poniendo en práctica los principios espuestos en el arte de peinarse á sí mismo. Hecho esto, se dobla y pone en el tocador, pero sin trenzarlo, para que el pelo no tome algun vicio imposible ó difícil de quitar. Un añadido bien

cuidado se conserva hermoso mucho tiempo sin que decaiga su color.

Si alguna muy rara vez se diese aceite ó pomada á los rizos invisibles, será en tan corta cantidad que no impida batirlos. Al quitarlos se meterán en una caja que los preserve del polvo ; pero poniéndoles antes papillotes para tenerlos prontos siempre que haya necesidad de peinarse de nuevo. Los rizos hechos de pelo *natural*, no *facticio*, se han de enroscar y asegurar con un alfiler para no oprimir el rizo que tienen naturalmente, y que debe conservarse sin usar del hierro, pues este es solo para el pelo facticio.

Los rizos de *peine* se ponen tambien con los de corchetes, ó invisibles, y su rizado se conserva igualmente por medio de los papillotes. Estos rizos son muy cómodos, pero al quitárselos, ó ponérselos, exigen el cuidado de no romper el peine, al que están fijos.

Se evita que se desluzca el pelo de una peluca, y adquiera lustre desagradable,

dándole de tiempo en tiempo con sustancias propias para alimentarle y darle brillo. Las pomadas, que lo emplasta sin penetrar en los tubos, son las que menos convienen para lograr tal resultado. Para conservar aseada una peluca debería estar debajo de un fanal; pero si esto no es posible, á lo menos se pondrá en un sitio donde no la caiga polvo, y colocará de manera que no pueda adquirir un mal vicio. Se peinarán sus aletas ó lados, hácia dentro, para que se ciñan mejor á las sienes cuando se ponga en la cabeza, porque de lo contrario se irán desviando hácia afuera, y así se notaria con facilidad que se llevaba peluca.

Las personas que traspiran mucho por la cabeza, necesitan por lo menos dos pelucas, para que la una se seque mientras se usa la otra. Resulta una ventaja incontestable de remudarlas, no solo porque se conserva mas su pelo, sino porque la armazon no se enseba hasta el punto de ser incómoda en toda estacion. En esto

camina de acuerdo la salud con la mas estricta economía.

De la naturaleza del pelo, y de los cuidados que son necesarios á su conservacion.

Los antiguos y los modernos han escrito mucho sobre la naturaleza del pelo; pero yo no abusaré de la paciencia de mis lectores hablándoles de sus diferentes sistemas, y solo haré de él un ligero analísis.

El tamaño, espesor y color del pelo está en relacion con la constitucion del individuo, y la temperatura del lugar donde habita. Las personas de un temperamento sanguíneo tienen mucho pelo, bien nutrido, y por lo comun con un hermoso lustre negro: los melancólicos, biliosos y nerviosos, le tienen mas claro, y varía por su magnitud y espesor: los flemáticos le tienen rubio ó castaño claro. Los habitantes de los paises septentrionales tienen el pelo tan fino como la seda, y estraordinariamente largo, al paso que

la cabeza de un Etiope no produce sino una vegetacion de algunas pulgadas: la pródiga naturaleza ha cubierto la de los habitantes de las zonas heladas de un pelo largo y espeso para defenderla contra la crudeza del invierno, y ha ahorrado al de los trópicos de tanta profusion, que á un mismo tiempo le hubiera sido molesta é inútil. No obstante el pelo no se nos ha dado solo para preservar del frio nuestras cabezas: siendo un cuerpo vegetal tiene como ciertas plantas, no solo bulbo, y raices, sino tambien la facultad de traspirar por sus estremidades. Por algunas observaciones hechas con el microscopio sobre el cabello, y sobre el pelo de los animales, infieren los anatómicos, que siendo unos tubos cilíndricos, llenos de una médula fibrosa, ademas de cubrir la cabeza, que es al parecer el objeto principal á que está destinado, es igualmente un órgano especial de una parte de la traspiracion insensible, que abunda en toda la superficie del cuerpo. Lo que

mas confirma esta opinion es que en la enfermedad llamada *plica* cuando se corta el cabello, que está enredado uno con otro, echa sangre: ademas ciertos males de cabeza, se evitan ó curan cortándolo cuando es muy largo, porque este esceso impide que la traspiracion llegue á su estremidad: por otra parte, se está espuesto á males de ojos, fluxiones, etc., cuando siendo de un temperamento húmedo, se rasa imprudentemente, y se quita por este medio á la traspiracion sus conductos naturales. Con efecto, el sabio químico Mr. Vauquelin, en su analísis del pelo, demuestra esta verdad, y nos manifiesta «que son dos las secreciones que se hacen por la cabeza; una por los vasos exhalantes, y otra por el mismo pelo, cuya parte interior, de una naturaleza esponjosa, arroja fuera un aceite particular."

La aplicacion á la cabeza de una sustancia aun inerte, así como la repentina impresion de un gran frio, pueden suspender estas secreciones: es importante prever tal

accidente, bien fortificando la cabeza con el uso de las aguas espirituosas, bien acostumbrándola gradualmente á soportar el frio, siempre que el pelo sea bastante espeso; porque si es claro, ó de una débil vegetacion, por prudencia se debe cubrir para ayudar la traspiracion insensible, necesaria á la salud. Es un error creer que el esceso de pelo contribuye á adelgazar la persona que lo tiene: en vano algunas madres se lo han cortado á sus hijas queridas, esperanzadas en que refluyendo por otra parte este esceso de vegetacion, repartiría el equilibrio en su delicada existencia. El pelo vegeta, y se alimenta de una sustancia, que le es esclusivamente propia.

Otro abuso bastante comun entre las personas que procuran tener un hermoso pelo es el uso escesivo de las pomadas y aceites, sin conocer que la continuacion de semejantes frecuentes unturas anega la planta, y en lugar de ayudarla á crecer la sofoca, se obstruyen los poros, y por lo

general los males de cabeza hacen conocer, aunque tarde, el riesgo que hay en abusar de tales medios.

Los mas sencillos, menos costosos, y mas seguros, no para aumentar el número de tubos capilares, que es imposible, sino para conservar el pelo, fomentar su desenrollo en tamaño y espesor, es cortarlo á menudo, peinarlo, y cepillarlo diariamente, (*) para desembarazar la cabeza de las peliculillas blancas, ó caspa, que hacen que el pelo parezca sucio. El peinado de por la mañana es para airear el pelo, y secar la traspiracion de

(*) Es necesario cepillar el pelo con un cepillo un poco duro, mojado, solo por las estremidades de la cerda, en agua mezclada con un espíritu suave, tal como el agua de Portugal: se pasa despues una lendrera de box bastante espesa para limpiar bien la cabeza, y se vuelve á pasar en seguida el cepillo mojado en agua de Portugal, pura, si se tiene el pelo naturalmente seboso: pero si está seco se le dará con la nata de estoraque.

Esta crema es necesaria para el pelo cuando por efecto de los años, ó de otros accidentes, empieza á secarse.

la noche; el de por la tarde, para quitar la grasa formada durante el dia por el calor y el polvo.

El uso de mojar el peine en agua, mezclada con unas gotas de la de Colonia, es muy saludable, particularmente si se tiene el cuidado de no mojar las raices del pelo, en razon á que la humedad no es conveniente á todos los temperamentos; empleando este medio de tiempo en tiempo, y con precaucion, se pone suave y brillante el pelo, se le quita el mal olor que le dá la traspiracion reconcentrada, y se conserva en un estado de humedad favorable á su vegetacion. En estío se puede lavar enteramente la cabeza solo una vez, ó con agua de salvado, para quitarla la grasa, ó con infusiones emolientes, ó aromáticas, segun lo exija la necesidad de aplacar la comezon, que causa el calor y el polvo, ó de fortificar las raices del pelo: estas lociones fomentan su crecimiento. Los noruegos consiguen un tamaño estraordinario en el pelo por las lociones

hechas con la decoccion del *rhodiola-rósea*; planta mucilaginosa, y algo astringente, que exhala un olor de rosa muy agradable; y los individuos de la mar del Sur, que todo su adorno lo cifran en lo largo y suave del pelo, lo deben, segun Mr. Arago, al uso contínuo de lavárselo. Un limon partido por medio, y mojado en agua, les sirve á la vez de cepillo y peine á las mugeres de Timor: su ácido limpia el cabello, y su aceite odorífico le embalsama. Añadiré aun en favor del uso de lavarse el pelo una observacion sacada de la *Higiene de las Damas*. El autor aconseja á las mugeres que se laven enteramente la cabeza cuando se bañen.

«Muchas mugeres, dice, me pondrán como objecion á este consejo lo largo de su pelo, pero yo las responderé, que mientras mas pelo, tanto mas difícil es conservarle aseado; y por lo mismo es el que mas necesita lavarse, siendo el baño el medio mas cómodo de hacerlo: el agua es lo que dá mas lustre al pelo, con tal que se

seque y peine en seguida. Por lo que hace á las contras, que puede tener la costumbre de no lavarse la cabeza, diré que no será estraño que la mayor parte de las frecuentes jaquecas, que atormentan á las mugeres, dimanen de la sequedad de cabeza, porque no deja que el peine ni el cepillo desprendan las películas, que son las que tapan los poros, y obstruyen la traspiracion."

Este régimen conviene sobre todo al pelo delgado y grasiento: el que por naturaleza es seco, quebradizo, é indomable, exige casi diariamente la nata de estoraque. Cuando hay mucha grasa en la cabeza, que generalmente sucede en la infancia, y no cede al cuidado de la limpieza, es prueba de vicio en los humores ó glándulas de la piel. Para remediarlo se emplea con buen éxito las decocciones de borraja, de malvas, de hojas de gordolobo, y de raiz de romaza, hechas en agua, ó vino si se necesita hacerlas mas tónicas. Mientras se dan estos fomentos se ha de

preservar la cabeza de las variaciones de la atmósfera, para que no haga un retroceso el humor de que quiere descartarse la naturaleza.

Una de las cosas mas perjudiciales para que crezca el pelo es la costumbre de atarlo cuando se recoge. Se han visto disminuir y desaparecer visiblemente los pelos mas hermosos solo por este pernicioso uso. Sea porque impida que crezca el pelo nuevo, sea porque debilite, y haga enfermar la raiz del mas largo, poniendo un obstáculo á la circulacion del aire, lo cierto es que nada le hace tan cenceño en menos tiempo. Menos arriesgado es retorcerlo, á pesar de que nada le conviene tanto como dejarlo suelto, ó cogerlo en lazada. El pelo es naturalmente elástico; la ligera tension, que esperimenta cada dia, contribuye á aumentar su tamaño, mientras que el aire penetrando fácilmente por los ramales entrelazados, conserva su delicadeza y su brillante lustre.

No basta solo conocer los medios de

conservar el pelo, es preciso ademas saber los que hay para hacerlo crecer cuando nos priva de él un accidente, ó enfermedad. Hay caidas de pelo momentáneas que pueden remediar los cuidados y el arte; y hay otras en que los bulbos del pelo, muertos enteramente por la violencia del mal, ú otras causas, quedan para siempre estériles. Esto es lo que distingue muy bien la antigua escuela de Salerno, indicando un estraño remedio para que reproduzca el pelo. «Con tal que la juventud ayude aun á la naturaleza, se recobrará el pelo frotándolo con el jugo de la cebolla pelada.''

Estoy seguro de que semejante remedio, á pesar de su docta procedencia, pueda agradar jamás á nuestras damas, aunque se quedasen mas calvas que la fortuna.

Las efemérides de los *curiosos de la naturaleza*, y otras obras del mismo género, atribuyen á las decocciones del box la virtud de hacer crecer el pelo de una manera prodigiosa; y para prueba de ello refieren, que habiendo una jóven empleado

este medio, obró con tanta fuerza, que le nació pelo en todos los puntos donde habia tocado la decoccion, de modo que se habia puesto tan horroroso su cuello y su cara, que para hacer desaparecer el mal, fue necesario recurrir á los remedios de la medicina.

El aceite de avellana, la simiente de manzanilla, el laurel, la goma de yedra, disuelta en aceite de almendras dulces; la grasa de oso, el tuétano de vaca, y en general todas las sustancias grasientas nutren el pelo, y ayudan á su crecimiento; pero debe no abusarse porque la superabundancia produciría un efecto contrario.

Modo de teñir el pelo.

Los medios mas sencillos y menos peligrosos, para teñir el pelo, son: la corteza de alcornoque quemada, y batida en pomada de heliotropo; la infusion en agua de rio de las cortezas de encina, del sauce, del nogal, del granado, del moral

negro, del mirto y del madroño; la corteza verde de la nuez, las puntas ó tallos del zumaque, y en general todas las sustancias curtientes: se lava el pelo con ellas, y poco á poco va ennegreciendo. La agalla, las piñas, los racimos de yedra, la semilla de remolacha encarnada cocida en vino, son medios mas activos. Estas sustancias producen su efecto con mas prontitud aún, si se hace un uso contínuo de un peine de plomo.

Todavía es mas pronta para ennegrecer el cabello, y evitar que se caiga la flor de sauco, las hojas de espino, y las de viburno puestas en infusion de aceite comun.

Otro autor recomienda que se lave el pelo en una decoccion del fruto de la yedra, que se moje un peine en aceite de tártaro, y con él se peine el pelo al sol; y asegura que repitiendo esta operacion tres veces al dia, al cabo de ocho ó diez, ha tomado ya el pelo el negro que se desea.

La limadura de acero, echada en infu-

sion de vinagre muy fuerte, produce el mismo efecto; pero repetido este medio embastece el pelo.

De las diversas enfermedades del pelo, y medios de remediarlas.

Mucho se ha escrito con respecto al pelo, ya como un adorno natural, inseparable de la hermosura, ya como necesario tambien á la conservacion de nuestra salud.

No obstante, nada ha podido fijar la atencion de los hombres sobre una de sus mas preciosas ventajas, y en su conservacion manifiestan siempre una apatía inconcebible, que generalmente les es funesta, á pesar de que están interesadas en ello, á un mismo tiempo, la salud, y la hermosura, tan deseadas y buscadas por todas partes, y que muchas veces no se consiguen ni aun con los cuidados mas asíduos.

Las personas, que por estado se ocupan

con un deseo eficaz en la utilidad de los demas, deben tratar este objeto con toda brevedad y concision para no asustar, digámoslo así, la floja inercia de los que necesitan saber lo que han de hacer en este punto, y dirigirlos, casi sin que lo conozcan, para que logren conservar su pelo, y remediar las enfermedades á que está espuesto.

De la alopecia ó caida del pelo.

Las causas de la alopecia son: 1.° un estado valetudinario, cacoquimio: 2.° una enfermedad aguda, ó crónica inveterada, particularmente el escorbuto: 3.° las afecciones penosas del alma: 4.° grandes trabajos mentales: 5.° la vejez, etc., etc.

Todas estas causas, menos la última, se reducen, por decirlo así, á una sola, que es la debilidad vital: la lentitud en la circulacion que deja de proveer el jugo nutriticio tan necesario al sistema peloso. Algunos médicos han pensado que obrando

un humor acre sobre la organizacion del bulbo, en que está plantado el pelo, produciría así su caida: pero cuando se examinan con atencion los puntos, de donde se ha caido el pelo, no se advierte en ellos alteracion alguna. Sin duda que semejante opinion ha nacido como consecuencia de las observaciones hechas en la caida de las pestañas cuando los bordes de los párpados están ulcerados; en la del cabello en las tiñas descuidadas; y en la de los puntos donde hay escoriaciones un poco profundas; pero es necesario distinguir que en estos casos hay alopecia, no solo porque el bulbo está corroido, sino porque el tejido de la piel, en que está injerto, está completamente destruido. Tal alopecia es consecutiva de la ulceracion de la piel.

Cuando se cae el pelo por primera vez, de resultas de una enfermedad aguda, nace otro nuevo de la misma clase, y casi tan espeso: si sobreviene segunda alopecia, el pelo que nace es mas claro; y por

último, la tercera deja enteramente desnuda la cabeza.

La observacion constante demuestra que la cabeza está mas desprovista de pelo en los puntos donde oprime mas el peinado, y en la parte donde la piel está mas inmediata al hueso: así las sienes, la inmediacion á las orejas, y sobre todo la nuca, están muy cubiertas cuando todo lo demas de la cabeza está enteramente sin pelo.

Algunos médicos han prescrito medios para atajar la alopecia, ó reparar sus efectos, y se consigue combatiendo las causas que pueden haberla producido, y que ya hemos indicado: para ello se emplean con unos los antiescorbúticos; los tónicos de todas clases en la alopecia de debilidad ó aniquilamiento; los consuelos á los que están cargados de penas, y el ejercicio á los que se entregan á un trabajo inmoderado de cabeza, etc., etc. Ademas de esto, el único medio de reparar la alopecia, ó evitar que se haga completa,

es afeitar todo el pelo repetidas veces: de ello resultan dos ventajas: una, que la raiz puede mantenerse vigorosa con un jugo nutriticio que no bastaría á alimentar un pelo mas largo; y la segunda, la seccion repetida de pelillos, que por semejante medio adquieren el volúmen y la consistencia del pelo comun. Esto se corrobora por esta comparacion. Si un árbol decae, si su capa y ramas están privadas de la vida, se le desmocha mas ó menos próximo á la raiz, y retoñan vástagos vigorosos: un plantío ó semillero se le corta muchas veces para que las raices tomen fuerza, y echen en seguida un tallo firme y bien nutrido.

La mayor parte de los remedios propuestos para hacer que crezca el pelo son ilusorios; sin embargo, nadie duda que un tópico estimulante conviene mucho á una piel atacada de debilidad, así como las sustancias mantecosas darán flexibilidad y suavidad á una piel tirante y seca; pero fuera de esto, todo lo demas es nu-

lo, y bueno solo para que los charlatanes se burlen de la credulidad de los poco precavidos.

De las canas ó blancura del pelo.

La blancura del pelo puede ser un efecto natural, contra natural, y accidental: la primera es consiguiente á la edad avanzada; la segunda es propia de los niños; y la tercera el resultado de una enfermedad física ó moral.

Tambien puede ser general ó local: la primera es la que coge todo el pelo; es incompleta por mucho tiempo, y solo en la edad avanzada es cuando ya no se ve un pelo negro: la segunda es la que coge solo alguna parte de la cabeza. No se puede fijar la edad en que se empieza á encanecer: por lo comun entre los cuarenta y cincuenta años principia á salpicarse la cabeza de pelos blancos; pero algunas veces se adelanta, y otras se retrasa esta época.

Hay autores que se persuaden que las canas salen mas pronto á las mugeres que á los hombres; pero no hay razon alguna sobre que fundarlo, pudiendo citarse tantos ejemplares en pró como en contra de esta opinion. Tan infundada es, á mi entender, la de que las rubias encanecen antes que las pelinegras: yo creo que este es mas bien un error de la vista, ó de apariencia, porque dado el supuesto de que una de pelo rubio tenga exactamente igual número de canas que otra de pelo negro, siempre la rubia parecerá mas cana.

Son muchas las causas de donde dimana la blancura del pelo. En lo general todo cuanto puede debilitar la organizacion, ó disminuir la accion vital, influye y apresura la mudanza en el color del pelo: el esceso en el vino, las enfermedades agudas ó duraderas, los frecuentes dolores de cabeza, los asíduos trabajos mentales, las vivas impresiones morales, etc., son otras tantas causas de encanecer. Se cita en las efemérides de los curiosos de la naturale-

za (año 8.º) á una muger, que atacada de un dolor de cabeza crónico, la echaban chorros de agua en ella, y donde cayó el agua blanqueó todo el pelo, quedando negro lo demas.

Por ahora no tratamos del pelo que gradualmente se va volviendo blanco, sino de casos en que tal mudanza sobreviene de repente. Cælius refiere que un hombre, que buscaba nidos de gavilanes en una roca, cuando se rompió inopinadamente la cuerda á que estaba atado, tuvo tal susto, que su cabeza se puso blanca repentinamente. Asegura asímismo haber visto náufragos, que habiéndose salvado á nado, cuando llegaron á tierra tenian el pelo del todo blanco. Otro sinnúmero de casos podrian citarse sobre tal fenómeno.

La causa inmediata de esto se ha atribuido por algunos autores á la aridez de la piel, y resecacion de sus bulbos; y por otros, al temperamento húmedo y flemático del individuo. Estas dos opiniones tan contrarias al parecer, pueden muy bien

conciliarse: á mi modo de ver, las canas en la infancia dimanan de la organizacion débil, delicada y mucosa de esta edad; las accidentales proceden de trastorno en la organizacion del bulbo y de la alteracion general de los fluidos; y las de los ancianos son un efecto de la evidente disminucion en el volúmen del bulbo, de la construccion de los vasos, de la lentitud en la circulacion; y probablemente de otras muchas causas que se ocultan á nuestra perspicacia.

En los autores de medicina se encuentran medios preservativos, y aún curativos, para semejante mudanza en el color del pelo: unos son internos, y otros esternos: en los internos cuentan las píldoras de agarico, la teraquia, el mitridato, la carne de víboras, etc. A esta la dan tambien la virtud de conservar en una juventud perpétua al que la usa.

Los médicos árabes prescriben una especie de opiata compuesta de cinco onzas de mirabolanos negros, mondados, y dos

onzas de gengibre con una cantidad suficiente de cerveza, tomando uno ó dos granos diariamente.

Zimara, seguro de la eficacia del remedio por repetidos esperimentos, manda que todos los dias se lave la cabeza con leche de perra.

Marcelus preconiza las abluciones en el pelo del agua donde se haya cocido una cabeza de carnero blanco.

Los persas, y otros musulmanes de la secta de Alí, ennegrecen su barba cuando empieza á blanquear, con una mezcla de manteca y hojas machacadas del árbol llamado *mendi:* los facultativos encargados de los baños públicos aplican este tópico á la salida del baño, y al cabo de una hora el pelo ha tomado ya el negro; pero es necesario repetirlo cada ocho dias.

Los medicamentos esteriores para remediar, ó evitar que se encanezca, son en gran número; pero me limitaré á dar noticia de dos ó tres remedios tópicos, á

que los autores atribuyen una gran eficacia para ennegrecer el pelo.

Foresto prescribe el linimento siguiente: vino tinto, una libra; sal comun, un grano; tinta de zapatero, dos idem: se mezcla y pone á hervir por algunos minutos; despues se añade otro grano de ácido de cobre, y con él se deja hervir un poco mas; se aparta del fuego, y se le aumenta una cantidad proporcionada de agalla, dejando que todo tome una consistencia igual á la de la miel: se frota la barba y el pelo con esta composicion; al cabo de un rato se enjuga con un lienzo caliente, y en seguida se lava con agua comun.

Gruling alaba mucho un remedio compuesto de una onza de agalla con la suficiente cantidad de aceite que se deja freir hasta que se abren las agallas: entonces se añaden dos granos de sal gema, igual cantidad de sal comun, y otro tanto de cera blanca, un grano de clavo de especia, y tres de alumbre: se pone á cocer segunda vez por un momento: y frio, se

conserva en vidrio puesto á la sombra.

De los muchos remedios que indica Zimara, solo diré el siguiente: cal viva, aún en piedra, una libra; litargirio amarillo, y plomo oxidado, una onza de cada uno; primero se disuelve la cal en agua comun, se aumenta el litargirio y el plomo hecho polvo muy fino; se mezcla para hacer un linimento de una consistencia conveniente; se lava el pelo con agua natural antes de aplicarle esta preparacion, se cubre en seguida la cabeza con un lienzo: á la mañana siguiente se quita el polvo formado de la resecacion del remedio; y si el cabello no ha tomado bien el negro, se repite esta operacion.

No hay duda que es de las mas eficaces; y la que se emplea mas comunmente; pero contrae ó encoje el pelo, que toma el aspecto y consistencia de la cerda, arruga la piel de la cabeza, y muchas veces la escoría; produce céfalos, y no llena completamente el objeto, porque al cabo de ocho dias el pelo se enrojece.

Hay una larga lista de otras sustancias que pueden ennegrecer el cabello, tales como la hiel de golondrina y la de toro; la flor del gordolobo quemada y puesta en vinagre, el aceite de acebuche, la pulpa de coloquinto, etc.; pero habiéndonos estendido demasiado en este artículo, lo concluirémos diciendo que los medios eficaces para teñir el pelo tienen graves inconvenientes; y que los medios suaves producen poco efecto, por consiguiente es necesario repetirlos á menudo.

De la plica.

Nada hay mas difícil de definir bien que la plica: ateniéndose rigorosamente á los datos que resultan de la etimología, se deberá entender por esta palabra una aglomeracion y enredamiento de cabellos, que pegados unos á otros, y generalmente mezclados en todos sentidos del modo mas intrincado, parece una masa acolchada, que ni puede peinarse ni des-

enredarse, y que por todas partes está empapada de un humor craso, pringoso ó viscoso, que exhala un olor particular mas ó menos desagradable.

Esta es la idea que, al parecer, se ha formado de la plica en su orígen; y la prueba mas segura de ello es que las islas flotantes, tan comunes en los lagos de que está cubierta la Polonia, casi por todas partes, han recibido de los habitantes el nombre de plicas de lagos, porque formadas por el entrelazamiento de raices y yerbas, se asemejan á la plica de los cabellos.

En la circunscripcion de la antigua Polonia es donde mas se padece esta enfermedad, así como las innumerables ramas de la nacion slava ó esclavona, son las que ofrecen mas ejemplos de ella.

Se reconoce como causa de la plica todo cuanto puede aumentar la energía de las propiedades vitales en los bulbos de los pelos, como el uso de afeitar á menudo una parte de estos, la disminucion ge-

neral ó local de la exhalacion cutánea, y el establecimiento de un focus contínuo de calor en las partes velludas, mientras las demas quedan espuestas á la impresion del frio.

La plica crítica, que en sí no es mas que la que tiene menos fuerza que la precedente, debe atribuirse á la tendencia general que tienen las crísis á terminar por el sistema del pelo en los individuos que tienen este sistema mas exaltado, tanto por la misma influencia del clima, como por la concurrencia de una multitud de circunstancias higiénicas.

Siendo esta enfermedad tan rara entre nosotros, me parece que no debo estenderme mas en este capítulo.

Lo que debe componer el tocador de las señoras.

El gabinete de tocador ha de estar adornado de mas ó menos espejos, y tener la capacidad suficiente para que tres perso-

nas puedan estar en él con comodidad. El peluquero es el que necesita mas lugar, particularmente si la persona á quien va á peinar tiene el pelo muy largo. Es preciso que este gabinete sea muy claro, y situado en el centro de la casa ó en lo mas resguardado del frio para no resfriarse la persona que se peina, sino está vestida, como generalmente sucede, aun cuando esté encendida la chimenea. Es bien sabido que ponerse á la corriente del aire es muy dañoso. Como los gabinetes de tocador, lo mismo que cualquier otra pieza de la casa, deben estar puestos al gusto de la persona que ha de servirse de ellos, y su adorno es igual que sea de un modo ó de otro, me ceñiré únicamente á hablar de lo puramente necesario.

Debe haber en él un espejo de vestir, ó un tocador á la reina: si se prefiere aquel, será preciso que tenga una tarima, en la que se colocará todo cuanto pueda necesitarse. Para los viages es muy cómodo un necesér completo, pues se dejan

siempre las piezas, de que se compone, lo mismo que están en su caja.

En los tocadores á la reina no se necesita tarima, porque en la misma mesa se colocan todas las cosas como mejor convenga ó acomode.

Para que el tocador sea completo debe tener un batidor, un escarpidor una lendrera, un peine de cola ó mango, (debiendo todos ser de concha, menos la lendrera que será mejor si es de box) y un cepillo destinado solo para limpiarlos.

Para la conservacion del pelo ha de haber crema de estoraque, y de algunos olores suaves, como el estracto de jacinto, de rosa, de flor de naranja, de heliótropo, de vainilla, de Portugal, de muselina, de mil flores, etc. Estos cosméticos desengrasan muy bien el pelo, y se emplean en él como las pomadas y aceites. Debe tenerse una peineta de concha, sencilla, redonda, y lo menos alta posible para que no eche á perder el peinado:

esta peineta sirve para levantar el pelo: otra peineta mas alta para que cuando se ponga sombrero no entre demasiado en la cabeza: y otra, segun la moda, para adorno del peinado.

Para la cabeza se necesitan por lo menos tres cepillos; uno de hechura de erizon, bien delgado, y sobre todo de buena cerda, y muy fuerte, para que pueda penetrar hasta la raiz del pelo, y levantar las películas agarradas á ella: el segundo, menos fuerte, sirve para dejarlas caer; y el tercero, que debe ser suave, y de pelo de cabra, para pasarlo por la cara, orejas, y demas sitios donde puedan haber caido dichas películas.

Opino que es muy bueno valerse de los polvos para desengrasar el pelo; y creo que es lo mejor de que se puede echar mano para este objeto. En lugar de ser perjudicial al pelo, como lo creen algunos, los polvos le nutren, le suavizan y dan brillo, sobre todo cuando antes se ha tenido cuidado de cepillarlo bien, y

pasarlo la lendrera. Pero esta operacion de echarse polvos no debe repetirse muy á menudo para que no forme en la raiz del pelo una costra, que sofocaría los bulbos por su planta. Se puede usar de ellos siempre que se vea que el pelo tiene demasiada grasa, eligiendo los polvos mas finos, y hechos á propósito para este fin, y no usando los que no sean frescos.

En el tocador ha de haber cepillos, llamados ingleses, que no sean demasiado duros ni blandos: siendo muy duros descarnan la dentadura, y escorian las encías; y muy blandos, ni limpian suficientemente los dientes, ni le quitan el sarro que se haya formado en ellos.

Voy á hablar de dos objetos del tocador, sin los que no pueden pasar muchas damas: quiero decir, del *blanco, y del encarnado.* Las señoras que se sirvan de estos afeites deben usar de ellos lo menos posible, para no llenarse el rostro de arrugas ántes de tiempo.

Destruyen la espresion de la fisonomía, marchitan la frescura de la tez, y evitan que se desenvuelvan los colores naturales.

El amor de la hermosura ha hecho idear, desde el tiempo mas remoto, todo cuanto se ha creido que es propio para darla realce, perpetuar su duracion, ó reparar los estragos del tiempo: y las señoras, en quienes el gusto de agradar está mas generalizado, se han persuadido que todo lo podrian encontrar en los afeites.

Como en el Oriente, lo mismo que en el dia entre nosotros, los ojos negros, grandes y hendidos, pasaban por los mas hermosos, las mugeres que deseaban agradar, se frotaban la circunferencia del ojo con una aguja mojada en el afeite de antimonio para contraer ó encoger el párpado, á fin de que el ojo pareciese mas grande.

De la misma manera las mugeres griegas y romanas se pintaban las cejas con

negro de antimonio, y en el dia hacen lo mismo las mugeres, y los hombres de la Arabia y de la Syria, para preservar sus ojos del ardor del sol.

Casi todos los pueblos de la tierra se han pintado con mas ó menos gusto. El blanco y el encarnado han prosperado en Francia y en España; pero como dice La Fontaine, *«se pueden reparar las ruinas de »una casa, pero no las de la cara.»*

Con respecto á la salud no queda duda que todos los afeites la perjudican: echan á perder mas pronto la piel, la resecan y suprimen su traspiracion embotando los poros. De esto proceden los barros, los empeines, y otras erupciones cutáneas que acarrean los diferentes blancos y encarnados que se estraen de los minerales.

¿Cuándo conocerán las mugeres que á cierta edad solo se reparan los atractivos de la juventud con la bondad, amabilidad y talento?

El encarnado es una especie de preparacion cosmética que usan igualmente las

mugeres mas apreciables, y mas despreciables de la sociedad, sea por necesidad ó por moda.

Parece que en todos tiempos y en todos los paises, las mugeres han tenido una pasion decidida á reemplazar con el arte estos brillantes colores naturales, que testifican la juventud y la frescura.

El encarnado de las manos se daba con un resíduo de púrpura, especie de conchita muy en boga por su hermoso color, y que ha dejado su nombre, ó con tinte de maderas de color. Antes se usaba del encarnado de España, hecho con alazor; despues se hizo con bermellon, y por último con el carmin mezclado con el talco de Venecia, ó la tiza de Briançon bien pulverizada. Este último no es tan mal sano como el precedente, que acarrea la pérdida de la dentadura, mal olor en el aliento, é hinchazon en las encías. Por lo comun el encarnado es dañoso, se opone á la traspiracion, y ocasiona erisipelas y empeines, particularmente si hay la ma-

la costumbre de darse colorete en toda la cara, en lugar de imitar solamente de una manera imperceptible los colores que rehúsa la naturaleza.

El blanco es un óxido de bismuth, ó bismuto, separado del nitrato de este metal por medio del agua pura, lo que produce un blanco perla. Las mugeres para reanimar su piel, y aparentar un aire de juventud, se ponen plastones de este blanco, ignorando que produce un efecto del todo opuesto á sus deseos, que no pudiendo traspirar su piel, debe resecarse y arrugarse mas pronto; y que si tienen la desgracia de percibir algunos vapores animales exaltados, ó en fermentacion, ennegrecerán, y presentarán una vista desagradable.

En el tocador no debe faltar agua de colonia de la de Laugier, que por lo menos es tan buena como la de Fariña, tan preconizada en los anuncios. Es verdad que la primera que se hizo debió parecer superior, porque Fariña era el único que conocia su composicion; pero en el dia

que la receta no es un secreto, se puede encontrar tan buena, y aun preferible, en todas las ciudades.

Una señora debe tener cera para ennegrecer sus cejas cuando empiezan á blanquear, ó que son de distintos colores. Ella los iguala, y aun si el pelo de ellas es blanquinoso y claro, por este medio se las hace parecer mas pobladas.

Generalmente se hace uso del polvo de marfil para blanquear, y suavizar las manos; pero esto se consigue mejor con los guantes que se ponen por la noche (véase en las recetas *guantes cosméticos*, pág. 137). Se les llena de pasta de almendra, y de este polvo; se vuelven á vaciar, y se ponen, sin sacudirlos mas que lo preciso, para que caiga lo grueso de la pasta y del polvo. Muchas señoras consiguen por este medio conservar sus manos blancas y suaves.

Conviene cortar las uñas con tijeras hechas á propósito para este uso: deben ser de acero fino, encorvadas, y con una

limita en sus lamas ; son las mas cómodas, y por consecuencia las preferibles.

Cortadas las uñas deben redondearse con el raspador, que sirve tambien para suavizar la piel de los pies, donde algunas veces se forman callos de resultas de la frotacion de los zapatos.

DIFERENTES RECETAS.

Receta para hacer crecer el pelo.

Se toma una onza de tuétano de vaca, fresco, una onza de grasa del cocido, antes de echarle sal, se pone junto en un puchero nuevo á derretir, se cuela y se le añade una onza de aceite de avellanas.

Otra.

Se mezclan bien dos onzas de grasa de oso, media onza de miel, seis adarmes de ládano, tres adarmes de polvo de abrotaño, otros tres de bálsamo peruano, y

un poco de aceite de almendras dulces para hacer mas mantecosa la pomada.

Para el mismo fin se recomienda tambien las raices del flambe (lirio cárdeno) hervidas en aceite comun, y mezcladas con el mucílago sacado de la raiz del olmo.

Cuando despues de una larga enfermedad el pelo, debilitado por sudores abundantes, amenaza una total caida, se puede contener con polvos vegetales fortificantes.

Polvo conservador del pelo.

Se toman raices de eschinanto, de caña aromática y rosas encarnadas secas, de cada cosa dos onzas: benjuí, una onza; aloe, seis granos; harina de habas, seis onzas; raiz de lirio cárdeno, ocho onzas: se pulveriza y se pasa por tamiz. Este polvo contiene la caida del pelo, y ayuda á su crecimiento. Segun dicen, tiene ademas la virtud de alegrar la imaginacion, y fortificar la memoria.

Para teñir el pelo.

Se quebranta una libra de agalla, se la frie en aceite comun hasta que se ponga blanda: se la deja secar, y se la reduce á polvo muy fino, que se junta con igual porcion de polvo de carbon de sauce, y otra tanta sal comun bien pulverizada: se añade cáscara de naranja ó de limon hecha polvo despues de seca; se hace hervir todo en doce libras de agua hasta que la mezcla de estos simples se precipiten al fondo de la vasija, y tome la consistencia de una pomada, y se dá en el pelo.

Esta operacion se repite una vez á la semana para que el pelo no tome un color rojo; lo que se puede hacer sin inconveniente, porque este tinte es fortificante.

Ungüento para quitar el vello.

Si conviene conocer los medios de hacer crecer el pelo, no es menos esencial sa-

ber cómo ha de quitarse de todos los puntos que no le ha señalado la naturaleza. Sucede generalmente que el pelo sale muy abajo en la frente, lo que desfigura la fisonomía: cejas demasiado espesas ó muy juntas, destruyen igualmente la proporcion que debe reinar en los rasgos de una bella cara: muchas veces algunos lunares se erizan de pelos incómodos, y que hacen representar mas edad á la mas linda figura. Es pues necesario recurrir á los medios propios para destruir esta vegetacion indiscreta. No trataré del modo de preparar los ungüentos, en cuya composicion entran sustancias que no se pueden emplear sin peligro; tales como el arsénico, el jugo del beleño, el espíritu de sal dulcificado, etc.: hablaré únicamente de los suaves, como el agua de peregil, el jugo de acacia, el aceite de nuez, la ceniza de sarmiento puesta en infusion del vinagre, la goma del cerezo disuelta en espíritu de vino, una pequeña aplicacion de levadura ágria, la decoccion de garbanzos, el jugo

del tithymalo mezclado con aceite, etc., cuyos medios pueden usarse sin temor.

Una de las mejores composiciones de este género es el que indica Mr. Bayle.

Se pulveriza igual cantidad de la especie de vitriolo llamado *rusma*, y cal viva, y se deslíen juntas en agua pura. Estas dos sustancias formarán una pasta muy espesa que se aplicará en la parte cubierta de pelo: á los tres ó cuatro minutos se levanta el apósito, se frota con un lienzo el sitio donde ha estado puesto, y saltará hasta las raices del pelo sin el menor dolor, y sin que la aplicacion del cáustico haya causado el menor daño á la piel.

La ceniza de madera de haya bien fina tiene tambien esta propiedad. Si es así puede servir para quitar este pelo incómodo, que muy á menudo cubre la pared interior de la nariz, se frota esta parte con la punta del dedo, y esta vegetacion inútil cae sin esfuerzo.

Pomada para los labios.

Se toma onza y media de aceite de almendras dulces, y otro tanto de mucílago de malvavisco; dos granos de manteca de oca, y lo mismo de tuétano de ternera, y grano y medio de goma alquitira: se mezcla todo y se pone á fuego lento, y cuando esté bien derretido se pasa á un botecito de china ó vidrio, que esté muy bien tapado, para que no se enrancie.

Otra para las grietas de los labios.

Se pone en una cazuela nueva y vidriada, cuatro onzas de cera amarilla, cortada en pedazos, hasta que esté muy derretida, se añade media libra de manteca fresca, media libra de uvas negras desgranadas, y una onza de orcaneto ó ancusa, pulverizado. Se deja hervir á borboton, y se cuela por un lienzo; pero sin esprimirle. Esta pomada se congela cuando se enfria,

y puede durar un año. Es escelente tambien para las grietas ó rajas, que muchas veces se hacen en las manos por el frio.

Para blanquear los dientes.

Se quema un pedazo de madera de romero haciéndolo carbon; luego hecho ascua se echa en vinagre rosado, y se le deja en infusion unas veinte y cuatro horas; al cabo de este tiempo se saca, se deja secar al sol, y se reduce á polvo tamizado. Este es el dentífrico indicado por el *Amigo de las mugeres*, y el que, segun dicen, corresponde mejor que todos á su fin.

Otro.

Una onza de carbon en polvo tamizado; media de azúcar cande pulverizada; tres granos de quarango ó quino, y una onza de cremor de tártaro: se mezcla bien.

Creen algunas personas que las opiatas son menos perjudiciales á los dientes que

estas composiciones; pero para ser de alguna utilidad es necesario que contengan sustancias astringentes ó antiescorbúticas; con este objeto se indica el polvo de clavo de especia mezclado con miel; un limon claveteado con dicho clavo, reducido á polvo despues de muy seco, y mezclado con jarabe de canela, ó la opiata siguiente.

Opiata de naranja.

Se toma cáscara de naranja dulce, se la reduce á carbon, se machaca y pasa por un tamiz muy fino: se mezcla muy bien este polvo con miel blanca muy pura hasta que tome la consistencia de una mermelada, y se la añade unas gotas de espíritu de yerba buena.

Esta opiata tiene la ventaja de fortificar las encías, y dar á los dientes un hermoso blanco, preservándolos al mismo tiempo de la cáries. Se frotan los dientes por la noche con esta opiata sin lavarse la boca hasta el dia siguiente. Esta composi-

cion, indicada por muchos médicos, es, á mi modo de ver, preferible á todas.

Para usar de estas diversas sustancias, y cuidar de los dientes se debe preferir un cepillo de raiz de mielga; mejor sería valerse de una espongita, á menos que el cepillo no sea tan suave que no descarne la dentadura, ni perjudique sus alveolos.

Sucede á menudo que despues de una enfermedad, á pesar del mayor aseo y cuidado, los dientes amarillean, y se cubren de sarro, y en este caso lo mejor es recurrir al dentista para que les quite este sedimento corroedor; pero si por cualquier circunstancia no pudiese uno valerse de él, se puede echar mano del remedio indicado en el *Diccionario de la industria*, con tal de que se use con la mayor prudencia. Este remedio es

Dentifrico sólido.

Se toman dos onzas de coral de sangre de drago, el crémor tartáro, de ca-

nela y de clavo, todo en polvo, se añade la cantidad suficiente de goma alquitira, se disuelve en agua de yerba buena para unirlo y formar una pasta: se hacen de ella cilindritos del grueso del cañon de pluma, y de tres pulgadas de largo, y se deja secar, se frotan con ellos los dientes y sirven á un tiempo de polvos, de opiata y de raices preparadas; pero en saltando el sarro no deben usarse mas.

Una medida muy saludable para conservar sanos los dientes, y fresca la boca, es pasarlos el cepillo antes de acostarse, y enjuagarse la boca con agua ligeramente aromatizada con aguardiente de cerezas; y por la mañana se repite esta operacion, despues de haberse servido de los otros polvos: el agua de palo santo es aún mas favorable, porque fortifica las encías, y apacigua tambien los dolores de dientes: no debe echarse en el agua mas que las gotas necesarias para ponerla lechosa.

Si por los dolores que acompañan en semejantes casos se conociese que la den-

tadura está atacada de la cáries, es preciso atacarla y desvanecerla con el cocimiento de un puñado de hojas de yedra y vino tinto de Borgoña, que debe hervir hasta que quede en la mitad; se cuela por un lienzo, y diariamente se enjuaga con él la boca. Con el mismo fin indicaré otro de cuyos buenos y prontos efectos he sido testigo muchas veces.

Agua contra la cáries.

Se toman dos onzas de cal viva, y se echa por encima una azumbre de agua comun; no se mueve el vaso donde se haya puesto hasta pasadas veinte y cuatro horas; á este tiempo se va vaciando el agua por inclinacion, de modo que el sedimento no se mezcle con ella; se ponen en una botella dos granos de aceite esencial de yerba buena, se echa encima el agua, y se conserva muy tapada.

Este agua no blanquea los dientes, ni evita el que se usen los cosméticos para

la boca; pero cura las enfermedades de las encías, y afirma la dentadura.

Guantes cosméticos.

Se baten dos claras de huevos frescos, y dos cucharadas de aceite de almendras dulces; despues se añade media onza de agua de rosa, y dos de tintura de benjuí.

Se mojan los guantes, vueltos del revés, en esta composicion, y cuando están bien empapados se ponen al acostarse.

Pomada para las manos.

Dos onzas de aceite de almendras dulces, tres granos de cera vírgen, y tres de esperma de ballena purificada; cada una de estas sustancias se calientan por separado, y luego se unen cuidando de mezclarlas muy bien; se echan en un cuenco de agua fria, teniendo cuidado de removerlas diariamente, y mudarlas el agua hasta que se pongan blancas. Se conserva en agua de rosa.

Pasta para las manos.

Una libra de almendras dulces, un cuarteron de miga de pan blanco, media azumbre de agua comun, otro tanto aguardiente, lo mismo de vinagre, y dos claras de huevo. Despues de pelada la almendra se la machaca y humedece con vinagre para que no se convierta en aceite; se la añade miga de pan, que se mojará en aguardiente, mezclándola con las claras de huevo y la almendra, se cocerá todo á fuego lento meneándolo contínuamente para que la pasta no se vaya al fondo.

Preparada así la pasta de almendras produce un efecto mas seguro: á pesar de esto, como se ha notado que los cuerpos grasientos no convienen á todas las pieles, se ha procurado reemplazarla con otra sustancia mas útil.

El fruto del *æsculus* (castañas de Indias) es el mas á propósito al objeto indicado, y de ella se forma el

Polvo cosmético para las manos.

Peladas las castañas cuando están maduras, se las deja secar, se machacan, y se pasan por un tamiz muy fino. Cuando se quiera hacer uso de ellas, se echa en agua la porcion de polvo que se juzgue necesaria para que se ponga blanca, jabonosa y suave como la leche.

«El uso frecuente de esta harina, dice *la Enciclopedia de la hermosura*, es muy admirable; la piel contrae con ella un lustre hermoso, quita muy bien la grasa y basura, y no está sujeta á ninguno de los inconvenientes de las demas sustancias jabonosas.''

Entre las numerosas preparaciones que he visto emplear en el tocador de las damas, hay una, que á mi parecer, reune la ventaja de las pastas á la de los jabones: no solo limpia bien, y conserva la delicadeza de la piel, sino que blanquea y dá brillo á las uñas. Es como sigue.

Pasta de limon.

Se toman seis limones grandes, y seis manzanas reinetas: se parten en ruedas y se ponen á hervir en una azumbre de agua hasta que queda reducida á la mitad; se añade otro tanto aguardiente como ha quedado de agua, y un cuarteron de azúcar molida; se deja cocer hasta que tome la consistencia de mermelada; se retira del fuego, y se conserva en un vidrio bien tapado.

Se frotan las manos con esta pasta, y despues se enjuagan en agua tibia. Ella es mas ventajosa que los jabones, que por bien preparados que estén, alteran siempre la epidermis. No obstante, los que acostumbren á servirse de ellos, y puedan sin incomodidad soportar en su piel su accion un poco cáustica, deben preferir los jabones secos á los líquidos, y los de perfumes mas sencillos á los que los tengan mas compuestos. Es necesario tener cui-

dado sobre todo de no usar el *ekcmelek* que tiene sustancias corrosivas, capaces de alterar y variar la piel mas bella: pero en el caso puede usarse algunas veces del siguiente.

Jabon líquido.

Se rallan dos onzas de jabon blanco, y se deslíe en igual cantidad de zumo de naranja dulce; se aumenta una onza de aceite de almendras amargas, y algunas gotas de aceite esencial de rosa, jazmin ó cualquier otro, cuyo olor agrade mas; se mezcla todo, y se menea hasta que tome la consistencia de una pomada.

Cerato para los sabañones reventados, y para las quemaduras.

Se toma una clara de huevo fresco, y una cucharada de aceite comun; se bate hasta que tome la consistencia de una nata; se empapa en él un trapito, y se pone en el

sabañon reventado, teniendo cuidado de remudarlo tres ó cuatro veces al dia; quedando curada la llaga del sabañon, ó de la quemadura á los tres dias.

Pomada fortificante para las uñas.

Media onza de aceite de lentisco, medio grano de sal, dos escrúpulos de colofania, otro tanto de alumbre, y un poco de cera vírgen. De todo se forma una pomada como el cerato.

Por lo que hace á las manchas blancas que algunas veces aparecen en las uñas, que Homero llamaba *los perjurios de Barina*, y que nosotros llamamos aún *mentiras*, se las disipa aplicando encima pez y mirra derretidas juntas. Cuando se mancha la mano con nuez verde, cerezas, moras, ú otras frutas, se limpia con los ácidos vegetales, tales como el jugo de limon, ó de acedera.

Modo de quitar lo tostado ó quemado del rostro, y los barrillos ó granitos.

Se toma medio cuartillo de leche, se esprime en ella el jugo de un limon, se le añade un grano de alumbre, media onza de azúcar y una cucharada de aguardiente. Se hace hervir todo hasta que se separe la parte queseosa; se clarifica con clara de huevo, se cuela, y se conserva en una botella bien tapada.

Otra.

Se toma un racimo de agraz y se le moja en agua para que se le quede pegado el polvo del alumbre y sal con que debe espolvorearse, se envuelve en un papel, y se mete entre ceniza caliente: cuando los granos de agraz, ó uvas verdes, están blandos, se esprime su jugo. Para usarlo se mezcla con igual porcion de agua de llanten, ó de rosa; se empapa en él un

lienzo, que por algunos minutos se aplica á la parte alterada de la piel, se lava en seguida con agua fresca, y desaparece lo tostado del sol, etc.

Pomada para quitar las arrugas.

Se toma jugo de cebolla blanca, y de cebolleta de lirio, de cada cosa dos onzas; lo mismo de miel muy clarificada, y una onza de cera vírgen. Se pone todo en una vasija nueva, y se coloca en el rescoldo hasta que la cera se derrita: se retira entonces la vasija para reunirlo todo meneándolo contínuamente con una espátula de madera, hasta que se enfrie.

Se aplica por la noche al acostar, y no se limpia hasta el dia siguiente.

Agua para el mismo fin.

Se pone á hervir un puñado de cebada, mondada, en un cuartillo de agua, hasta que el grano se reviente, se cuela por un

lienzo fino; se la echa unas gotas de bálsamo de la Meca; se pone todo en una botella, y se menea hasta que el bálsamo quede disuelto en el agua de cebada. Se lava la frente y los ojos con este agua, que ademas de su propiedad de quitar ó hacer desaparecer las arrugas, es muy buen cosmético para la piel.

Afeite blanco.

Se toma una libra de talco de un hermoso gris de perla, se ralla con piel de perro marino, se tamiza, y se pone en infusion en una azumbre de vinagre blanco destilado: por quince dias debe menearse la botella varias veces al dia, escepto el último que se deja posar. Se quita el vinagre por inclinacion, y de modo que el blanco quede en la botella; se echa sobre él agua clara y filtrada, y todo se junta en una vasija muy limpia, ó nueva; se menea mucho y se vuelve á dejar posar en la vasija, sacando el agua muy despacio;

de la misma manera se vuelve á lavar el sedimento cinco ó seis veces, usando solo el agua filtrada. Cuando el polvo esté tan suave y tan blanco como se quiera, se le hace secar en un tamiz de seda poniéndolo en un sitio donde no reciba polvo, y se conserva en una caja.

Se emplea este blanco mezclándolo con alguna sustancia mantecosa, y tiene la ventaja de no caerse con el sudor, ni de perjudicar la piel estando bien hecho: sin embargo convendrá no abusar en su uso para que no llegue á embotar los poros del tejido celular.

Encarnado vegetal espirituoso.

Se pone en una botella media onza de benjuí, una onza de madera de sándalo, media de la del Brasil, otro tanto de alumbre, y un cuartillo de aguardiente; se tapa la botella, y se la mueve bien una vez al dia. A los doce se puede ya usar esta composicion, frotándose ligeramen-

te las megillas con un lienzo empapado en ella.

Este encarnado es mas balsámico que el *vinagre encarnado vegetal*, (no damos la receta porque es perjudicial su uso) é imita perfectamente el color natural.

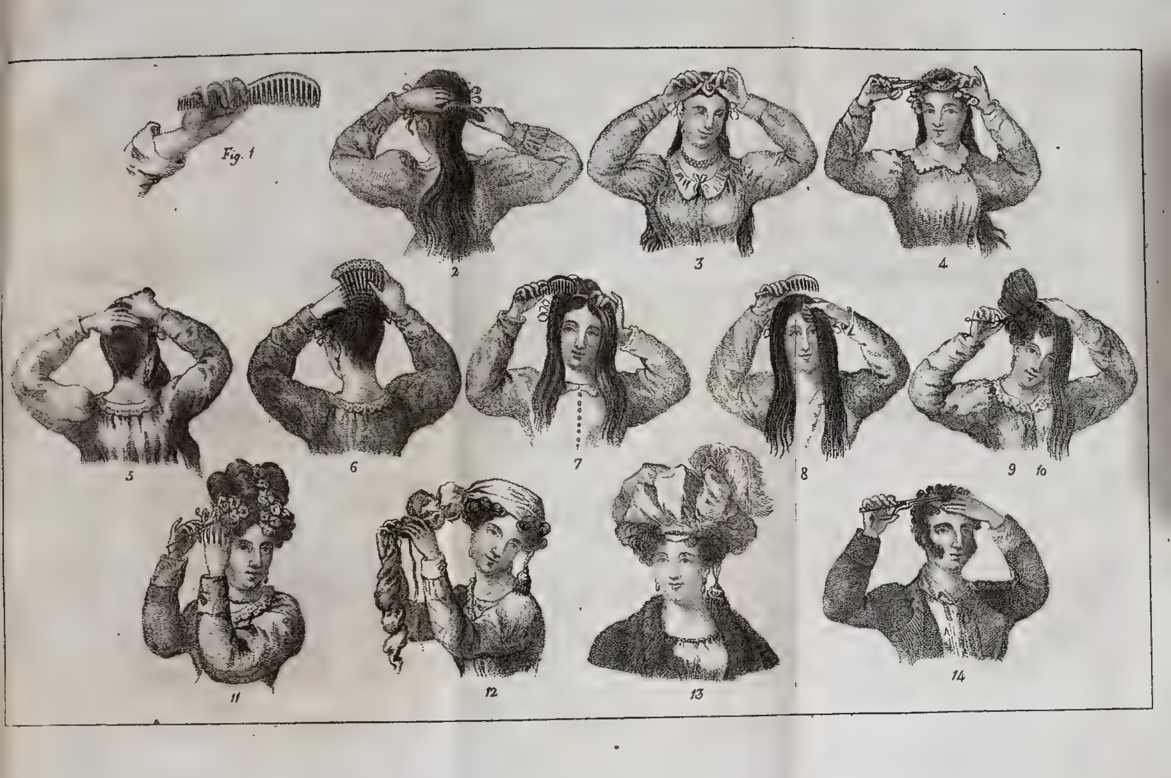
Encarnado vegetal aceitoso.

Se machacan dos libras de almendras dulces, mondadas, con cuatro granos de polvo de madera de sándalo, y otro tanto de polvo de clavo de especia: se pone todo en un tarro de loza vidriada, se echa encima una onza de vino blanco, y otro tanto de agua de rosa destilada; se menea todo diariamente, y al cabo de una semana, se esprime muy bien esta pasta en la prensa de estraer el aceite de almendras dulces.

El licor que destila se emplea en este estado: sirve tambien para teñir el crespon.

FIN.

INDICE.


Fig. 1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14